con la frase del Pontífice San Gregorio, quien encierra toda la enseñanza divina en esta famosa sentencia: *Probatio dilectionis exhibitio est operis:* la prueba del amor son las obras que se hacen por el amado.

III. Sería necesario hacer ahora un nuevo examen de conciencia, y preguntar severamente a nuestras almas cómo hemos amado a Jesús Sacramentado: si con toda la mente, alma, corazón, y con todas las fuerzas. Sería menester luego preguntar a nosotros mismos qué es lo que hemos hecho por Él, ya que: *Probatio dilectionis exhibitio est operis;* y sobre todo, con qué empeño hemos observado sus santos mandamientos... con qué docilidad seguido sus consejos evangélicos, que son sus más preciosas enseñanzas... ¿Cuál ha sido nuestra exactitud en cumplir los deberes de nuestro estado y obligaciones particulares, puesto que todos son manifestaciones de su adorable voluntad?... ¿Cómo hemos correspondido a sus inspiraciones, a sus llamamientos, especialmente a las voces de los remordimientos, a sus deseos... a todos sus quereres?

En resumen, observar los divinos mandamientos y divinas palabras, quiere decir hacer la divina voluntad. Mas ¿cómo la hemos hecho nosotros?... ¿la hemos hecho como los Angeles en el cielo; aún más, como la hizo Jesucristo en la tierra, el cual declaró que no había dejado de cumplir perfectamente una sola jota o ápice de cuanto contiene la divina ley?... ¿Y la hemos cumplido tranquila y alegremente, lo mismo en la adversidad que en la prosperidad; en las humillaciones como en la gloria; en la escasez como en la abundancia; en las enfermedades como en la salud; en los dolores como en los gozos; sobre el Calvario como sobre el Tabor?...

Todo esto quiere decir observar los preceptos y las palabras de Jesús, y todo esto importa esencialmente su santo amor.

SEGUNDA PRUEBA

La fidelidad al divino amigo

IV. Si debiera buscar una palabra que expresase las contraseñas del amor eucarístico, la palabra escogida sería ésta: «FIDELIDAD al Señor» la fidelidad *en todo* es una prueba del amor.

Fue dado a los Apóstoles por el Hijo de Dios el nombre *de amigos;* y con este mismo título, *amica mea,* es llamada el alma santa por el Esposo celestial, en el Cantar de los Cantares. Pues bien, ninguna alma merece con tan justo título el ser llamada amiga de Jesús, como el alma eucarística.

Mas lo que constituye la esencia de la amistad es la *fidelidad.* La fidelidad es la prueba y la gloria de los amantes; por eso, el Espíritu Santo hace un elogio admirable, no de cualquier amigo, sino únicamente del amigo *fiel.* Dice, pues, así: «El amigo fiel es una defensa poderosa: quien le halla, ha hallado un tesoro. Nada hay comparable con el amigo fiel; ni hay peso de oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe. Bálsamo de vida y de inmortalidad es un fiel amigo; y los que temen al Señor, le encontrarán» (1).

Y no solamente de la amistad fiel, sino de los amigos fieles mismos, el Espíritu Santo se hace excelente panegirista. Hablando de Moisés, Dios dice que a los otros profetas había hablado en sueños, a Moisés, en cambio, boca a boca; y ¿por qué?... porque *servas meus Moyses est fidelissimus in omni domo mea:* «mi siervo Moisés es el más fiel en toda mi casa» (2). Samuel es llamado profeta fiel del Señor. Admirable es también el elogio que se hace de David. Dios dice: «He hallado a David, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis pre-

(1) Eccli. VI, 14-16.
(2) Núm. XII, 7.

ceptos» (3). Ni menos hermoso es el hecho del sacerdote Sadoc: «Yo me proveeré de un sacerdote fiel que obre *juxta cor meum et animam meam:* según mi corazón y mi alma» (4).

Suavísimo es además el elogio de fidelidad hecho por boca del Apóstol San Pablo a sus amados discípulos. Timoteo es llamado: *Filius meus carissimus et fidelis in Domino* (1). También Epafra. Tíquico y Onésimo, repetidas veces, son llamados: *Carissimi et fidelis in Domino:* Estos dos títulos, tan nobles como delicados, *carísimos y fieles,* San Pablo no sabe separarlos; son como dos piedras preciosas engastadas en un mismo anillo, o dos anillos de una misma cadena de oro; o mejor dicho, el uno es causa del otro: carísimo, porque es fiel. ¿Es fiel? luego también carísimo...

V. Mas, volviendo al alma eucarística, ¿no os parece que estos dos títulos, *carissima et fideles.* son los más propios que deben dársele? El alma eucarística es la verdadera amiga de Jesús Sacramentado, y por consiguiente, la más cara al divino Amante. Pero es la fidelidad, la razón y la fuerza de toda amistad, y por eso, el distintivo propio de los verdaderos y grandes amigos de Dios. De suerte, que el alma que aspira a grande amistad con Jesús, debe aspirar al mismo tiempo a grande fidelidad para con Él. Sea también ella, como Moisés, fidelísima en todas las cosas del Señor; como David. se halle constantemente pronta para cumplir todos sus adorables deseos; merezca, como Sadoc, ser llamada por el Señor: «fiel según mi corazón y mi alma».

¡Oh almas! sed fidelísimas a Jesús, si queréis ser hijas amantes y muy queridas de su divino Corazón. Por vuestra fidelidad pasada, medid vuestro amor presente; y este amor sea aliciente y prenda de nueva fidelidad.

VI. Pensad un poco: el día que faltéis a la fidelidad a Jesús Sacramentado, podrá ser uno de los días más hu-

(3) Act. XII, 22.
(4) 1 Reg. II, 35.
(1) 1 Cor. IV, 17.

millantes de vuestra vida. En la misma noche de la institución de la Eucaristía, el Señor permitió un dolorosísimo ejemplo, para que sirviera de aviso saludable a todas las almas eucarísticas futuras. No hablo de Judas, aunque también a este desventurado el Maestro dio hasta el último instante el dulce nombre de *amigo;* hablo de los otros once Apóstoles. En los fervores de la santa Cena, fue San Pedro el primero, pero no él solo. quien a las predicciones de Jesús, respondió: *Etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo:* «aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré». San Mateo, que estuvo presente y fue uno de ellos, nota que, como Pedro, de la misma manera protestaron todos los otros: *Similiter et omnes discipuli dixerunt* (1).

Pues bien, el Maestro les dijo: *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem.* Mas ellos no fueron fieles al mandato de Jesús. que un momento antes habían recibido sacramentado, por primera vez, en sus corazones. No velaron ni oraron, y por eso, cayeron todos en la tentación; todos huyeron, y todos le desampararon. Y para todos, aquel día de infidelidad, fue el más sumillante de su vida.

¡Alerta, almas eucarísticas. alerta!

TERCERA PRUEBA

Donde está vuestro tesoro, allí también está vuestro corazón

VII. Esta es la prueba de los hechos. La observancia de los preceptos y de las palabras de Jesús y la fidelidad más perfecta para con Él son condiciones indispensables para que crezca y se desarrolle en nosotros el verdadero amor eucarístico; pero, una vez desarrollado, la prueba que lo atestigua segurísimamente, nos la indican las palabras mismas de nuestro divino Salvador: *Ubi thesaurus vester ets, ibi et cor vestrum erit:* «donde está vuestro

(1) M. XXVI, 85.

tesoro, allí también estará vuestro corazón». Ninguna otra regla, como ésta, es tan idónea para hacernos, diré, casi palpar con la mano, si se pertenece a las almas eucarísticas. o no; e igualmente para conocerlo en los demás.

Se dice que «el alma está más donde ama, que donde anima»; y con razón, porque es imposible que un bien, si es verdaderamente amado, y mucho más si es amado con ardor, no arrastre hacia sí los pensamientos, los latidos, en una palabra, toda el alma del amante.

Lo más amado es necesariamente en lo que más pensamos; sí, el bien más amado es el primero que nuestro corazón saluda apenas despertamos por la mañana; es el más recordado durante las horas del día; el último suspirado por la noche cuando nos acostamos, y el objeto más frecuente de nuestros sueños: *Ubi thesaurus vester est. ibi et cor vestrum erit*. En lo que nunca, o casi nunca se piensa, o se piensa con disgusto o como por fuerza, no será nunca un bien amado; así como tampoco lo será, lo que fácilmente se olvida, sobre todo, si tal facilidad es ya una costumbre o hábito.

La aguja magnética vuelta constantemente hacia su polo es el corazón vuelto hacia su tesoro; es el amante atraído por el amado. Aplicando esta regla a Jesús Sacramentado, se verá claramente, con una simple mirada, si es Él nuestro tesoro, y si nosotros somos verdaderamente enamorados de la Eucaristía.

VIII. Ordinariamente todos los días de nuestra vida son la repetición casi monótona del mismo día. Basta. pues, que examinéis eucarísticamente un día solo, para juzgar de vuestra vida y de vuestro espíritu eucarístico.

Apenas nos levantamos por la mañana, o mejor, apenas despertamos, después de haber adorado y dado gracias a la Santísima Trinidad y de habernos enteramente ofrecido y consagrado a Ella, ¿es Jesús Sacramentado nuestro primer pensamiento, el primer latido, el primer suspiro, la primera palabra, nuestro primer deseo? Después, cuando nos hemos ya aseado convenientemente, ¿sentimos (cada uno según se lo permita su propio estado) gran deseo y santa inquietud por ir a la iglesia a ver

a Jesús... o vamos más bien a rastras, solamente porque se debe ir, con frialdad y maquinalmente?

Y cuando nos presentamos ante Él, que ha estado solo durante las largas horas de la noche, ¿qué sentimientos agitan nuestro corazón, a la primera mirada que dirigimos al Tabernáculo? ¿Nos arrojamos a sus pies, como solía hacerlo la Magdalena; nos estrechamos contra su Corazón como el Discípulo amado? ¿Le ofrecemos las adoraciones que, todas las mañanas de su vida mortal, le ofrecieron San José y María Santísima? ¡Oh, quién sabe cuáles serían los obsequios, las palabras, los besos ardientes que daban a Jesús, especialmente cuando era niño, la Madre y el Padre putativo, apenas se acercaban a Él por la mañana! Y si yo, en cambio, al verlo por primera vez todas las mañanas, quedo mudo, frío e indiferente, ¿me atreveré a decir que Jesús Sacramentado es mi tesoro?

En su presencia ¿estoy voluntaria y alegremente, o más bien porque hay una ley que me obliga a ello? Cuando estoy en la iglesia, ¿me parecen minutos las horas, u horas los minutos? ¿estoy suspirando por marcharme pronto, o por quedarme todavía un poco más, todo el tiempo que me sea posible y lícito? ¡Ah! el P. Faber dice que ningún cuarto de hora nos parece tan largo, como el que empleamos en dar gracias después de la Misa o de la Comunión.

Y al retirarme de la iglesia, ¿cómo me separo de Jesús, cómo le digo *adiós*? ¿Me despido sin ninguna pena, de prisa, sin dirigirle la última miraad, la última sonrisa? ¿Me alejo del todo, con alma y cuerpo, esto es, sin decirle cuando de Él me despido, que deseo dejarle mi corazón y mi alma? ¿que deseo quedar allí espiritualmente, arrodillado a sus pies en compañía de los Angeles eucarísticos, o como una lámpara que arde en su honor? Retirándome de su presencia, ¿no le prometo que volveré pronto cerca de Él, apenas me sea posible y que mientras tanto pensaré en Él desde lejos, le amaré e invocaré? Mas después ¿cumplo estas promesas, es decir, pienso en Él durante las horas de la jornada, le llamo, le invoco?... Y cuando tengo un momento libre, o las circunstancias me

lo permiten, ¿corro a la iglesia a decir alguna palabra a Jesús, retornando pronto a mis ocupaciones y deberes? No pudiendo visitarle en la iglesia, ¿le visito desde casa, le saludo, adoro, llamo y sonrío?

Y cuando llega la noche, ¿cómo me despido de Jesús? ¿cómo le pido perdón de las infidelidades cometidas durante el día; cómo le doy gracias; cómo le ofrezco los últimos latidos de mi corazón, las últimas expansiones del alma? ¿Pienso entonces en cómo se despedían, por la noche, los Santos; y especialmente, en la casita de Nazaret, cómo se despedían de Jesús, María Santísima y San José? En fin, voy al lecho pensando en Jesús, y pensando en Él me duermo, en Él sueño, y me despierto con este mismo pensamiento?...

IX. ¡Parecen exageraciones!... Pero no, Salvador mío; son las manifestaciones naturales, la aplicación sincera de vuestra regla: «Dónde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón». No son exageraciones; es el caso de repetir con San Agustín: *Da amantem, et sentit quod dico:* dadme un alma verdaderamente amante, y entenderá muy bien cuánta fuerza tiene la regla indicada por Jesús. Preguntádselo a todos y cada uno de los Santos enamorados de la Eucaristía, y os dirán a una voz haber sido Jesús su pensamiento, porque Él era su tesoro; el tesoro estaba guardado en los Tabernáculos, y a ellos estaban vueltos de continuo sus corazones.

Esta verdad manifiestan todos los ejemplos que he referido anteriormente; y la misma confirmarán los que citaré aún, o mejor dicho, los ejemplos todos que se leen en las vidas de los Santos.

¿En qué cosa piensa el hambriento?... en el pan. ¿En qué el sediento?... en el agua. Pues bien, Dios sacramentado es el hambre divina, la divina sed, la divina manía de las almas eucarísticas. Por ellas especialmente canta la Iglesia:

¡Oh Jesús!:

«Qui te gustant, esuriunt;
Qui bibunt, adhuc sitiunt:

Desiderare nesciunt,
Nisi Jesum, quem diligunt».

Más hambre experimenta quien te gusta;
Y aún más sed el que bebe en tu venero:
No saben desear cosa más justa,
Que a Jesús, a quien aman por entero.

Más ¡qué hambre, qué sed! Lo hemos visto en otro lugar, hablando de la fiebre, de la herida y del fuego eucarístico, sensible y espiritual. Añadamos otros ejemplos.

X. Cuando Santa Catalina de Sena se acercaba al Santísimo Sacramento lo hacía con la avidez con que un niño se acerca al pecho de la madre. Algunas mañanas, especialmente, deseaba con tal vehemencia unirse a su Amado Sacramento que, por la fuerza de sus deseos, caía en dulces deliquios, y suplicaba al Beato Raimundo, su confesor, que le diese la Comunión en los primeros albores del día, temiendo morir a causa del ímpetu de sus deseos.

También la sierva de Dios, Juana María de la Cruz, ardía en vehementes deseos de recibir a Jesús: «La vida o la muerte, decía, poco me importa, con tal que yo posea a mi Salvador». Aun estando gravemente enferma, se hacía llevar a la sagrada mesa, y allí encontraba remedio y lenitivo a sus males. Cuenta ella misma, que «con mucha dificultad podía esperar el amanecer del día. Cuando oía tocar la campana para la Misa, en la que había de recibir la Comunión, mi alma era asaltada de la alegría más viva, y todo mi cuerpo se estremecía de amor; estaba ebria de felicidad y mi alegría se comunicaba a todos los presentes».

Escuchad lo que, en una de estas dulcísimas comuniones, le dijo Jesús: «He aquí que vengo a ti. Mira; ardo en deseos de comunicarme a ti; y cuanto más me doy a ti, más deseo darme de nuevo. Después de cada Comunión, soy como un viajero devorado por la sed, a quien se ofrece una gota de agua; y que después de haberla reci-

bido en sus labios, queda más sediento que antes. Así suspiro yo de continuo por el momento de darme a ti».

XI. San Gabriel de la Dolorosa (¡oh ángel de Dios, perdóname si aún no he hablado de ti!), delante del Santísimo Sacramento parecía deshacerse de amor, arder como incienso y derramar toda su alma. Ayudando a Misa, asemejándose a un serafín, si hubiera estado realmente presente al sacrificio del Calvario, no hubiese estado más recogido de lo que estaba cuando servía al Sacrificio eucarístico. Salmodiando en el coro, estaba atento para ver si se celebraban Misas en la iglesia; y espiritualmente, desde el mismo coro, las oía todas. Estando en el jardín, pensaba en su Jesús y recogía flores para ofrecérselas; y esto mismo hacía cuando iba de paseo. En su última enfermedad exclamaba: «Amado Jesús mío, amor por amor, dolores por dolores, sangre por sangre». Y suya es también esta delicada reflexión: «En el momento de la muerte podremos decir a Jesús: Jesús mío, os he recibido tantas veces en mi pobre corazón; recibidme ahora con Vos en el Paraíso».

El P. Salesio, jesuíta, se inflamaba todo en amor al solo hablar del Santísimo Sacramento. No se saciaba nunca de visitarlo: si era llamado a la portería, si volvía a la habitación, o andaba por casa, procuraba siempre, con estas ocasiones, repetir las visitas a su amado Señor: de tal suerte, que fue notado que apenas pasaba hora del día, en que no lo visitase. Y mereció, al fin, morir a manos de los herejes defendiendo la verdad de este adorable Sacramento.

Su glorioso hermano en religión, San Francisco de Regis, fue hallado alguna vez, en invierno, de rodillas ante la puerta de la iglesia, ardiendo internamente de amor a Jesús Sacramentado, y externamente todo cubierto de nieve, sin que lo advirtiese siquiera.

XII. Todas estas escenas amorosas de los Santos no nos maravillan ya, admitido el principio divino: *Ubi thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.* No nos maravilla ya, si alguna vez el Señor, por medio de los Angeles administró la Comunión a alguna alma, imposibilitada para

recibirla de otro modo. Mas ¿qué digo por medio de los Angeles? Jesús mismo les ha dado muchas veces con sus propias manos la Santa Comunión, como a Santa Coleta, a Santa Catalina de Bolonia, a Santa Magdalena de Pazzi y a Santa Clara de Montefalco.

No nos maravilla ya cuando leemos de algunos Santos que vivieron por algún tiempo sin otro alimento que la Eucaristía, como sucedió, durante muchas cuaresmas, a Santa Catalina de Sena, y cerca de doce años, a la Beata Angela de Foligno. Santa Catalina de Génova, en los últimos meses de enfermedad, devolvía toda suerte de alimentos y no podía ingerir nada, excepto la partícula consagrada, que, como ella decía, de la lengua pasaba luego a su corazón. Una noche soñó que no podía recibir ya más la santa Comunión; y aunque era tarda en llorar, sin embargo, despertándose, advirtió que de los ojos le brotaban ardentísimas lágrimas que bañaban la almohada. Y ¡fue un puro sueño!

XIII. Llegó también para San Gerardo Maiella la hora de la prueba; y ¡qué prueba tan grande, Dios mío! Fue calumniado; mas de la calumnia más infame y deshonrosa que pueda echarse en cara a un religioso, que más que hombre, era un ángel en carne humana. Y la calumnia fue creída también, al menos como grave sospecha, por el Superior mayor, y eso que era un santo también él, o mejor dicho, un gran santo, pues lo era Alfonso María de Ligorio. ¡Oh inescrutables juicios de Dios! San Alfonso, esperando luz más clara sobre la acusación, prohibió entre tanto la Comunión a Fr. Gerardo. Y permaneció por mucho tiempo sin recibir la Eucaristía él. que sólo vivía de ella. A cuantos le exhortaban para que pidiese la gracia de poder comulgar, les respondía: No; tengo a Jesús en el corazón, y me basta. Hay que morir cumpliendo en todo la voluntad de Dios. Naturalmente se abstenía también de servir la Misa, porque desvanecía de dolor al estar tan próximo a su Tesoro, al verlo y casi tocarlo, y, no obstante, no poder recibirlo. Un día, a quien le invitaba para que le ayudase a la Misa, respondió: ¡Ah! Padre mío,

no me tentéis; dejadme ir, porque os arrebataré la Hostia de las manos.

Mas la prueba, finalmente, cesó; la calumnia fue descubierta y la inocencia exaltada. Como el Apóstol virgen, San Juan, de la caldera de aceite hirviendo, en la que había sido sumergido, salió *purior ac vegetior*, así más puro y robusto salió Gerardo de esta grande prueba. Pero, sobre todo, salió de ella más encendido e inflamado de amor a la Eucaristía.

XIV. No nos maravillan, en fin, los excesos amorosos de algunos Santos, que parecen sobremanera increíbles. San Francisco de Borja llegaba a abrir el Tabernáculo con sólo los latidos del corazón. En los últimos días de su vida padeció de estado comatoso, y era menester despertarle para todo, excepto para la Comunión, pues entonces el amor a Jesús era quien le despertaba. En la acción de gracias empleaba alguna vez tanto tiempo, que se olvidaba de tomar alimento; debían recordárselo y hacérselo tomar a la fuerza.

Y su Padre San Ignacio, celebrando el divino Sacrificio, quedaba con frecuencia, por la vehemencia del amor, de tal manera agotado de fuerzas, que tenía que dejar algún día de celebrar. En la solemnidad de Navidad de 1550, por haber dicho dos Misas seguidas, estuvo casi a punto de morir. Una vez el P. Lanoi, que estaba presente a la Misa que el Santo celebraba, vio, al llegar éste al *Memento*, una llama sobre su cabeza. Espantado corrió para apagarla; pero halló al Santo, enajenado de los sentidos, que se deshacía en llanto, y entonces entendió ser aquella una llama celestial. Su acción de gracias después de la Misa era de cerca dos horas, durante las que no daba audiencia sino en casos gravísimos. Alguna vez fue visto también su rostro resplandeciente como el de Moisés. En su habitación había hecho abrir un ventanillo que daba a la iglesia. Allí, en la iglesia, estaba su tesoro, y hacia allí estaban vueltos sus ojos y su corazón.

¿Quién puede describir la Misa que celebraba en su oratorio particular San Felipe Neri? Tenía que distraerse, porque tan pronto como cogía en sus manos el amito,

comenzaban sus éxtasis... Y todo un éxtasis de larguísimas horas era su santo Sacrificio.

Y todo un éxtasis era también habitualmente la Misa de San Lorenzo de Brindis, capuchino. Celebrándola privadamente. llegaba a pasar de diez horas; comenzaba terminados los maitines a medianoche. y terminaba a sexta y nona. Y lo que es todavía más admirable, llegó a empapar de lágrimas alguna vez más de siete pañuelos.

Volviendo a hablar de la Misa que celebraba San José de Cupertino, el Santo que pasó la mayor parte de su vida más elevado en el aire, extático, que posado en tierra, el pueblo daba un verdadero asalto a las iglesias donde el Santo debía celebrar; y alguna vez llegaron a abrir las paredes y a descubrir los techos de las iglesias para tener la dicha de asistir a la Misa que él celebraba.

XV. ¡Qué admirable es, pues, el amor eucarístico de los Santos!

Y como el ciego conoce, casi por instinto. lo que busca y lo que ama, así con frecuencia los Santos, por virtud divina. tenían uno como sentido instintivo o la intuición de la Eucaristía. Así como a nosotros nos es fácil y natural encontrar y reconocer nuestros tesoros materiales. escondidos o perdidos; así también a ciertos Santos. por virtud divina, les era sumamente fácil encontrar y reconocer el tesoro eucarístico. o sea, la presencia real de Jesús Sacramentado.

Alguna vez, en efecto, a Francisca Romana, Catalina de Sena, Teresa de Jesús y a otras grandes almas, les dieron al comulgar —o por prueba o por inadvertencia— partículas no consagradas, y ellas volvieron a un lado el rostro y pidieron el verdadero Pan de los Angeles.

Se lee de Santa Catalina de Ricci. que un Viernes Santo, meditando en la iglesia, conoció misteriosamente que, aunque por el rito del día no pareciese posible. sin embargo, en el Tabernáculo había quedado Jesús Sacramentado. Corrió entonces junto al altar mayor para adorar más de cerca a su amadísimo Señor; pero una religiosa le recordó que, siendo Viernes Santo. el Sacramento había sino llevado de allí. Mas Santa Catalina exclamó en

alta voz: «¿No estáis Vos aquí, oh mi amado Bien?» «Si que estoy», le fue respondido. En efecto, el Prior confesó que había olvidado allí la Hostia grande consagrada.

San José de Cupertino, yendo de viaje, llegó a una pequeña iglesia de aldea, desierta, abandonada, sin ninguna lámpara encendida «¿Crees tú, dijo a su compañero. que el Santo de los Santos está aquí?» El compañero, dudando de ello. respondió: «y ¿quién lo sabe?» Pero el corazón del Santo bien lo sabía; dio un grito y, elevándose en el aire, con vuelo rapidísimo fue a abrazarse con el Tabernáculo, adorando allí a su Dios escondido y desamparado.

Y, para terminar, el anciano San Alfonso María de Ligorio, en los últimos años de su vida, no pudiendo ya celebrar, contentábase con recibir todos los días la sagrada Comunión. Una vez apenas había recibido la partícula, comenzó a gritar: «¿Qué es lo que me habéis dado? ¡no me habéis dado a mi Jesús!» Los circunstantes quedaron atónitos y admirados de las palabras, y mucho más de las lágrimas del Santo. Fue interrogado el sacerdote que había celebrado la Misa, después de la cual. le daban la Comunión con la partícula consagrada en la misma Misa; se preguntó igualmente al que le había ayudado, y se llegó a averiguar que el pobre celebrante, por distracción, omitió la consagración; del *Memento* de los vivos había pasado al de los difuntos, confundiendo aquél con éste. Por eso, tenía razón el santo anciano para exclamar: «¿Qué es lo que me habéis dado? ¡no me habéis dado a mi Jesús!»

XVI. Aquí pongo fin a los ejemplos, por no hacerme demasiado monótono y acaso también demasiado pesado a los lectores. No son para nosotros los prodigios, pero es cierto que el buen Dios exige también de nosotros un amor a toda prueba. Y las pruebas son: la observancia exacta de sus mandamientos y de sus palabras, la fidelidad completa en todos los acontecimientos y poner nuestro corazón en Él, como en nuestro tesoro.

Cierto que es infalible: cuanto más obedientes seamos al Maestro Sacramentado. cuanto más fieles al Sacramentado Amigo, y más enamorados del Sacramentado Tesoro.

tanto más eucarísticos discípulos, y eucarísticos amigos, y eucarísticas almas seremos.

Mas, así como el amor tiene sus pruebas, así también tiene sus defectos, los cuales, a su vez, conviértense en pruebas y criterio para discernir el espíritu eucarístico. El principal es el celo, y de él hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

CUARTA REGLA

CELO EUCARISTICO

I. Se lee de Santa Teresa. que un día, el más dichoso de su vida. habiéndola un Angel traspasado el corazón con un dardo de fuego, oyó que Jesús le decía estas memorables palabras: *Deinceps. ut vera sponsa, meum zelabis honorem:* «de hoy en adelante, como verdadera esposa, tendrás celo por mi honor». ¡Oh almas eucarísticas! no os olvidéis nunca de este encargo dado por nuestro Señor a Santa Teresa: «Es propio de la verdadera esposa tener celo por el honor del esposo». De ahí que puede concluirse: quien tiene más celo, es con más razón verdadera esposa de Jesús; quien no lo tiene, o no es esposa, o es poco fiel. De vuestro celo por la santa Eucaristía se deducirá la verdad y proximidad de vuestro parentesco con Jesús Sacramentado; y como salido de su misma boca, aceptad este recuerdo: *Deinceps, ut vera sponsa, meum zelabis honorem.*

Tomad. pues, con interés todo lo que atañe al culto y honor de Jesús Sacramentado. tanto directa como remotamente; el celo es la nota característica de los Santos. porque la santidad consiste principalmente en el amor. y el celo es efecto del amor. Todo amante es celoso; cuanto más se ama, más celo se tiene.

II. Escuchemos a Santo Tomás: *Zelus, quocunque modo sumatur. ex intensione amoris provenit:* «el celo,

en cualquier sentido que se tome, proviene de la intensidad del amor» (1). Y aplicándolo al amor de benevolencia, añade que «el amor de benevolencia busca el bien del amado; por lo que, cuando es intenso, incita al hombre en contra de todo lo que es adverso al bien del amigo. Y en este sentido se dice que alguno tiene celo por Dios, cuando se esfuerza todo lo que puede en rechazar lo que es contrario al amor, o a la voluntad de Dios, según el dicho de Elías: «Me abraso de celo por el Señor Dios de los ejércitos» (2); y según las palabras del Salmista. que San Juan aplica a Jesucristo: «El celo de tu casa me tiene consumido» (3-. Y haciendo la exposición de este texto, concluye: «Está consumido por un celo bueno el que, viendo vicios, se esfuerza en corregirlos; y no pudiéndolo hacer, los tolera y gime».

El mismo divino Areopagita llamó al celo: *Amatorium quemdam impetum*. un cierto ímpetu amatorio (1); por lo cual decía San Ambrosio: *Qui non amat, non zelat* (2), quien no ama, no tiene celo.

III. En cuanto vuestro estado social, y especialmente vuestras fuerzas os lo permitan, procurad el honor de Jesús Sacramentado en todo lo que a Él se refiere, ya sea en sí mismo, ya en las personas, lugares o cosas a Él consagradas. Si. ante los desórdenes, las irreverencias y el desamparo, que muchas veces rodean los santos Tabernáculos, permanecéis indiferentes y como insensibles. ¡ah! no me habléis entonces de amor eucarístico, ni me preguntéis si pertenecéis al número de las almas eucarísticas; es bastante claro que no, porque *qui non zelat, non amat:* faltando el celo que es el efecto, falta la causa que es el amor; y faltando el amor, falta todo.

IV. San Francisco de Sales supo un día que un joven sacerdote de su diócesis celebraba la santa Misa sólo los domingos y días de fiesta. El Santo, que le amaba mucho,

(1) 1. 2. q. XXVIII, a. 4.
(2) 3 Reg. XIX, 10.
(3) Ps. LXVIII, 10; Jo. II, 1.
(1) De divin., núm. 4.
(2) In. Ps. 128.

para obligarle a celebrar todos los días, se valió de esta estratagema. Le regaló una cajita revestida de raso rojo, recamado de oro y plata y adornada con algunas perlas. La cajita estaba llena de hostias. y entregándosela abierta, le dijo: «Aceptaréis este regalo; pero. en nombre y por amor de Dios, os pido una gracia, y es que celebréis todos los días la santa Misa y en ella os acordéis del que os hace esta súplica de parte de Dios». Obedeció el joven sacerdote, y no dejó ya nunca de celebrar.

San Cayetano, estando en Nápoles, y habiendo sabido que un ilustre prelado, amigo suyo en Roma, cargado excesivamente de ocupaciones, comenzaba a dejar de decir Misa todos los días. partió de Nápoles, no obstante los graves peligros a que exponía su salud, siendo días de calurosísimo estío. y se dirigió a Roma para persuadir a su amigo a que continuase todos los días. como antes, celebrando el santo Sacrificio.

San Alfonso narra también dos actos de grande celo obrados por el P. Maestro Avila. El primero fue que, viendo un día a un sacerdote manejar irreverentemente, durante la Misa, la Hostia santísima, se acercó al altar y le dijo estas palabras al oído: «Por caridad, le ruego que lo trate mejor, porque es Hijo de un buen Padre». El otro fue que, queriendo corregir a cierto sacerdote, que tenía la costumbre de salir de la iglesia apenas se despojaba de los ornamentos sagrados, sin dar al Señor las debidas gracias, un día hizo que le acompañasen dos clérigos con candelas encendidas en sus manos, quienes, interrogados por el sacerdote qué es lo que querían significar con aquel aparato, respondieron: «Venimos a acompañar al Santísimo Sacramento que está dentro de vuestro pecho».

San Pablo de la Cruz, estando en el altar para celebrar, mandó retirar por dos veces los orporales, porque estaban poco limpios; y a un ilustre eclesiástico, que no llevaba el vestido según los sagrados cánones, no le permitió celebrar Misa, disiéndole: «Este no es hábito para llegarse al altar».

El B. Luis María Grignion de Monfort tenía cuidado especial, dondequiera que predicaba una misión, de hacer

reparar y decorar las iglesias y capillas, los tabernáculos y cuadros, y de proveer las sacristías de ornamentos sagrados y purificadores. Con este fin llevaba consigo en las misiones un pintor y un escultor, los que trabajaban bajo su dirección, dedicando todos los ratos libres a procurar la mayor limpieza posible en las casas del Señor.

V. Pero mayor era aún el celo de los Santos en preparar las almas para Dios. Gerardo Maiella, aunque simple hermanito lego, ardía también de celo por la salvación de las almas, y mientras los Padres Redentoristas, sus hermanos, predicaban los ejercicios al pueblo. él ayudaba a los hombres para que se confesasen bien y recibiesen con las debidas disposiciones la sagrada Comunión. Sin embargo, entre éstos, no faltaban con frecuencia los Judas; y entonces Gerardo, lleno de los dones del Espíritu Santo, se servía del de escuadriñar los corazones para descubrir a los que se habían confesado mal y estaban dispuestos a comulgar sacrílegamente. Y ¡a qué medios no recurría para convertir aquellos malvados e inducirlos a reparar el mal que habían hecho! Los conducía a su celda, a solas; y a uno hizo que se le apareciesen dos osos terribles; a otro le mostró su habitación llena de llamas y convertida en un calabozo del infierno; a otro presentó el Crucifijo, que chorreaba sangre por todas partes; a otro hizo que se le apareciese el mismo diablo en persona; y a otro. un alma condenada. Ningún sacrílego podía sustraerse a su mirada escudriñadora, y no hubo ninguno que no llorase sus culpas.

VI. Mas los ejemplos del más ardiente celo, los dieron los Santos en las grandes eras de la persecución; bastaría sólo la revolución francesa para ofrecernos páginas maravillosas. Citaré solamente a Santa María Magdalena Postel.

Nacida en noviembre de 1756, estaba en la flor de los años durante la gran revolución. Aunque todavía no era religiosa, sin embargo, fue el Angel de su parroquia; todos obraban como ella obraba. Cuando fueron cerradas las iglesias católicas. desterrados y buscados para darles muerte los sacerdotes fieles a Dios, ningún cura intruso

pudo inducirla jamás a poner el pie en las iglesias profanadas por los sacerdotes perjuros. Su casa se había convertido en refugio seguro para los sacerdotes fieles que, disfrazados y errantes, buscaban de comer y un asilo donde albergarse para no caer en manos de los verdugos. Y no sólo los sacerdotes, sino el mismo buen Dios estaba escondido en la casa de María Magdalena Postel; pues, en enero de 1792, erigió debajo de una escalera un altarcito con un pequeño tabernáculo: lo hizo bendecir. y a medianoche se celebró en él la Misa, quedando allí escondido el Santísimo Sacramento, con el fin de que sirviese especialmente para los pobres moribundos. Ella sola era el Angel Custodio. la compañera y guardiana de Jesús Sacramentado. ¡Cuántas veces vinieron los revolucionarios a registrar aquella casa. a buscar sacerdotes escondidos, o a sorprender! Mas ninguno cayó nunca en sus manos, y por ninguno fue jamás descubierto el Santísimo Sacramento. ¡Cuántas Misas fueron celebradas en las silenciosas horas de aquellas noches tempestuosas! ¡cuántos recibieron por vez primera la sagrada Comunión!... y ¡cuántas veces María Magdalena Postel fue hallada en éxtasis ante su escondido Maestro! Llegó a llevar ella misma el Viático, delegada por los sacerdotes. cuando éstos lograban confesar furtivamente a algún moribundo que moraba lejos de allí. Entonces cogía la Hostia Santa con unas pinzas de plata, la encerraba en una bolsita de seda, y volaba... volaba cerca de los enfermos, cuál ángel de la Eucaristía.

VII. Y si nada pasaba inadvertido para la mirada de los Santos, tratándose del culto, aun para los defectos inculpables buscaba remedio su celo eucarístico.

San Clemente M. Hofbáuer advirtió muchas veces que un sacerdote suyo, que padecía bastante de escrúpulos. empleaba mucho tiempo en purificar la patena y recoger todos los fragmentos, aun los más invisibles. Este cuidado excesivo, además de alargar la Misa. causaba fastidio y admiración en los que la oían. Cierto día se le acercó en el momento mismo en que terminaba de purificar la patena y, con la dulzura de un santo. así le dijo: «Her-

mano mío, dejad algo para los Angeles». El religioso obedeció y no padeció ya más aquel tormento de espíritu.

Una noche fue revelado a Teresa de Jesús. que oraba en Avila delante del Santísimo. que la lámpara de su iglesia de Malagón estaba apagada hacía ya algunas hors. ¡Oh, Dios! ¿qué hacer? ¡está tan distante esta otra ciudad del lugar donde ella ora! Se dirige al Señor... y apareciéndose en sueños a la venerable Sor Ana de San Agustín. que era la sacristana de Malagón, le dice: «Sor Ana, despiértate y ve a encender la lámpara del Santísimo Sacramento...» Sor Ana se despierta, y está tan segura que su bienaventurada Madre le ha hablado en sueños. que corre a la iglesia, halla en verdad apagada la lámpara, y en un instante la vuelve a encender.

¡Oh. qué delicado es el celo de los Santos!... Estaban todos inflamados de santo amor, y por eso estaban también abrasados de santo celo.

VIII. Y con vuestro celo dad también prueba a Jesús de vuestro amor, y por él medid vuestro espíritu eucarístico.

Es cierto que el corregir no toca a todos, sino especialmente a los superiores. que tienen derecho y deber de hacerlo; a ellos les toca ser todo ojos y vigilar para que proceda bien todo lo que personal, local o realmente atañe al culto de la Eucaristía; pues Dios les pedirá estrechísima cuenta del culto eucarístico no observado, o malamente observado, o no promovido en las iglesias y en las almas. Sí, me parece que nada debe ser tan confiado y recomendado al cuidado y celo de los superiores eclesiásticos, como Jesús Sacramentado.

Pero me parece también que cierto celo podemos y debemos tenerlo todos. según el propio estado o condición, como he dicho más arriba. y especialmente según las propias fuerzas y las ocasiones que se presenten. Mas nuestro celo, lo mismo que el de los superiores, tenga las cualidades requeridas por San Bernardo: *Zelum tuum inflammet charitas, informet scientia, firmet constantia:* «tu celo sea encendido por la caridad, dirigido por la iencia y sostenido por la constancia». Y aunque me parece haber

dicho ya bastante y con claridad acerca del celo eucarístico. no obstante, quisiera insistir sobre un argumento particular.

IX. Pecaría en verdad también yo por falta de celo, si no dijese enteramente lo que siento en mi pobre corazón de sacerdote.

Mirad, pues, almas eucarísticas: todo precioso debería ser lo que pertenece al Divinísimo y Santísimo Sacramento; mas, por desgracia, Jesús de Nazaret rara vez en las iglesias es el Dios del Tabor. Iglesias. altares. vasos sagrados y ornamentos pobres, todo pobre es lo que ordinariamente está dedicado y consagrado al culto del Señor. No parece sino que el Dios de los pobres, enaltecedor de la pobreza de espíritu, la haya escogido por su compañera y esposa aún en la vida eucarística. Esto lo comprendo muy bien, pero *¿la suciedad?*

Pobres fueron los pañales y mantillas con que la santa Madre envolvió al divino Infante en Belén; mas eran nuevos, blancos y limpísimos... Si no pueden ser siempre preciosos los objetos consagrados al Dios Sacramentado, ¿por qué no han de ser siempre limpios? Si no pueden ser siempre nuevos. ¿por qué no estarán al menos bien presentados y decorosamente compuestos o remendados? ¡Pobre Jesús! se contenía aún con lo que está remendado o compuesto, pero que por lo menos esté limpio. Mas ¡ay de mí!... los ahorros. las reservas se hacen siempre con las iglesias, con Jesús Sacramentado. La mano y el corazón se abren fácilmente para mostrar pompa, aún religiosa, y después faltan en las iglesias ornamentos sagrados, y tal vez corporales, albas, manteles y purificadores que pide no sólo la majestad de Dios, sino la misma dignidad del sacerdote celebrante.

X. La falta de limpieza, las reservas y tacañerías usadas con el Señor, no solamente no honran a Jesús, sino que deshonran grandemente a los que tienen la custodia, la responsabilidad y tantas veces también las rentas de las iglesias. Sea todo pobre, si queréis, pero todo limpio y aseado. ¡Oh Dios mío! ¿cómo es posible creer en la presencia real y verdadera de Jesús Sacramentado, y tenerlo

así indignamente? Casi, casi estoy tentado a decir, que es más excusable de sus irreverencias el que no cree, que el que cree y trata de esta manera a su Dios realmente presente en el Santísimo Sacramento.

Cierto día fue a hacer una visita al Instituto de la Providencia del B. Cottolengo, en Turín, el Arzobispo. Era un día ordinario de la semana; pero encontró la capilla tan bien dispuesta, tan limpia y adornada, que vuelto al santo varón, le dijo: «¿Qué fiesta habéis tenido hoy?» —«Monseñor —respondió el B. Cottolengo— aquí es siempre fiesta»...

¡Es siempre fiesta!... Pensad en estas palabras, almas eucarísticas: las iglesias, los altares y demás objetos destinados al culto de la Eucaristía deberían ser siempre de fiesta. si no por su preciosidad, al menos por su orden y limpieza. Y si no os basta la sentencia del B. Cottolengo, escuchad esta otra más apremiante aún de Jesucristo, que, en el gran día del juicio dirá a los elegidos: *Nudus fui, et coopereuistis me:* «estuve desnudo, y me cubristeis». Mas, desgraciadamente, añadirá luego a los réprobos: *Nudus fui, et non cooperuistis me:* «estuve desnudo, y no me vestisteis».

XI. ¡Oh, vosotros, que participáis de las riquezas recibidas de Dios. vestid al pobre Jesús! La caridad, para que sea verdadera, debe ser esencialmente ordenada, y debe abrir la mano, en primer lugar, a los más pobres y a los más amados; mas ¿quién más pobre que Jesús Sacramentado que, para permanecer en la Eucaristía, tiene necesidad cotidianamente de un poco de harina y un poco de vino, y de dos candelas y un poco de aceite para la lámpara? Si pudiese darse un día en que todos los hombres del mundo se conjurasen para no ofrecer ya más a Jesús Sacramentado ni un poco de harina, ni un poco de vino, ese mismo día, se acabaría en todo el mundo la Eucaristía. ¡Tan neesitado está Jesús de nuestra caridad! Y no digo nada de cómo y en qué grado sea Él, no sólo el más indigente. sino el más amado, el más próximo a nosotros de nuestros pobres.

¡Oh Jesús!... ¡es mejor callar!... Cada una de las almas

eucarísticas, según su estado, su condición y fuerzas, socorra a Jesús Sacramentado. *¡Socorra a Jesús Sacramentado!!*... A estas palabras, ¿cómo no se rompe el corazón en el pecho, pensando que debemos nosotros socorrer a aquel Dios que nos alimenta y sostiene a cada instante? Con todo se trata de verdadera caridad para con Jesús Socorrámosle, pues, dando de nuestros bienes, si podemos hacerlo; y si no podemos, prestando al menos nuestro trabajo: bordando, cosiendo, lavando, reparando, componiendo o renovando, como mejor se pueda, lo que pertenece al culto del Señor. Y cuando no podamos hacer absolutamente nada por las iglesias, al menos con nuestros consejos induzcamos a los que pueden a procurar la limpieza y decoro de las mismas. Roguemos a todos con dulces palabras para que se abstengan de faltar al respeto en ellas y profanarlas, y no sólo con las palabras, sino principalmente con nuestro ejemplo... ¡Oh, cuántas veces, confesémoslo, alzamos la voz contra los que no están con compostura y respeto en la iglesia nosotros que somos los primeros en no guardar la debida reverencia en ella!

XII. Mas Jesús mismo se ofendería si, en ocasión tan propicia, no cantase mi lengua un himno de alabanza y bendición a aquellas almas escogidas que, hallándose juntas en Bruselas, fundaron la Asociación de la Adoración Perpetua, y especialmente. *La Obra de las iglesias pobres.* Estas fueron la noble y angelical señorita Ana de Meeûs la baronesa d'Hooghvorst, nacida condesa de Mercy Argenteau y Santa María Micaela del Santísimo Sacramento.

Esta última ya la conocemos. La Santa era todavía seglar, vizcondesa de Jorbalán, cuando llegó a Bruselas en 1848; mas de seglar misma, todas sus riquezas eran para los pobres de Jesús, o para el Jesús de las iglesias pobres. Para que se terminase un santuario de la santísima Virgen en Boulonge, ofreció un anillo con siete brillantes, regalo de la reina María Luisa a su madre. «Me costaba mucho el hacerlo —escribe ella misma— mas tratándose de nuestra Señora y de una iglesia, donde un día habrá de morar Jesús Sacramentado, que es como decir *el objeto de mis amores,* al fin me decidí»... Llegada después a

Bélgica, tuvo parte en la *Obra de las iglesias pobres,* iniciada ya por aquel serafín de la Eucaristía, que era la señorita Meeûs; allí se consagró por entero a esta hermosa obra, aportando todo el fervor de su fe, el impulso de su energía, el poderoso arranque de su férrea voluntad y, sobre todo, las inspiraciones y aprobaciones recibidas de la alto. Recogió y ofreció joyas, vestidos y telas preciosas; cortaba, cosía, bordaba y pintaba. Apeló a la generosidad de los grandes, y todos respondieron con largueza; su hermano, a quien esta obra agradaba tanto, fue el primero; y después el Rey, la Reina, la Corte y todas las señoras de la más alta aristocracia regalaron telas y vestidos de lujo. Todo se recogía y preparaba en un vasto salón de Religiosas, y muy pronto los treinta o cuarenta armarios no fueron suficientes para contener el patrimonio de Jesús pobre.

De acuerdo con aquellas dos santas amigas suyas estableció también en Bruselas la *Adoración perpetua,* que había inaugurado en París con la ayuda de Monseñor de la Boullerie, como ella, ardiente alma eucarística. Para que en Bruselas la obra de la Adoración pudiera decirse completa, faltaba un digno expositor, y lo proveyó ella misma, sacrificando otras joyas de gran valor; y el día solemne del *Corpus Christi* tuvo el consuelo de ver inaugurada la nueva Institución en la capital de la catolicísima Bélgica. Por centro de la Adoración perpeuta, habíase escogido la iglesia expiatoria del Santísimo Sacramento del Milagro (para recordar las santas partículas apuñaladas por los judíos, en el Viernes Santo de 1370). Esta iglesia fue conprada y restaurada por la baronesa de Hooghvorst Mercy d'Argenteau, cuando, por una parte, amenazaba ruina. y por otra, estaba en peligro de caer en manos mundanas que la dedicarían a usos profanos. La misma señora, en un principio, fue la Presidenta de las obras santamente eucarísticas *Adoración perpetua e Iglesias pobres.*

Mas la suerte de las iglesias pobres está ligada indisolublemente a la angelical criatura Ana de Meeûs.

XIII. Nacida en Bruselas el 22 de febrero de 1823, murió el 15 de junio de 1904. Descendiente de una de las

más ilustres y aristocráticas familias de Brabante, adornada de excelentes dotes, especialmente de discreción, celo y prudencia. ya desde jovencita se consagró enteramente a la piedad, a la Eucaristía y a las obras de la más sublime caridad. «Todo para agradaros, Señor; nada para satisfacerme»: tal era su lema y el programa que ejecutó plenamente en su larga vida. Tenía veinte años, cuando un sacerdote vino a pedir a su familia algún socorro para su iglesia pobre. La señorita de Meeûs quiso ir a visitarla, y esta visita fue la ocasión de que Dios se valió para moverla a emprender la grande obra de las iglesias pobres. La miseria extrema del lugar sagrado. de los altares y utensilios del culto le contristó profundamente el corazón; pero más profundo fue su dolor, cuando supo que el Santísimo Sacramento se conservaba en un copón de estaño. Consecuencia ésta funestísima de casi medio siglo de guerras y revoluciones, y, por consiguiente. de persecuciones religiosas. Era el año 1843. Desde aquel día no pensó, vivió, ni respiró más que por las iglesias pobres y por todas las demás obras pertenecientes al culto de la Santísima Eucaristía. En 1846 su idea estaba ya establecida. Más tarde, en 1848. conoció a la señorita Desmesieres (Santa Micaela); y cuando ésta volvió definitivamente a España, las dos obras, de la Adoración perpetua y de las Iglesias pobres, permanecieron exclusivamente confiadas a Ana de Meeûs, que vino a ser el alma de dichas obras y las infundió en el espíritu de su Instituto. De esta suerte, las dos santas y nobles amigas llegaron a ser Fundadoras de dos Institutos eminentemente eucarísticos: Santa Micaela, de las Siervas del Santísimo Sacramento y de la Caridad y Ana de Meeûs, de las religiosas Adoratrices perpetuas.

¡Ah! el celo de los Santos no consistía sólo en hermosas palabras, sino en obras y sacrificios a toda prueba.

XIV. Pero hora es ya de hablar del apostolado del ejemplo y de la palabra; mas, antes de hacerlo, es necesario resolver una dificultad.

Cuando en las personas sagradas, en las iglesias, en los objetos del culto, o en las funciones religiosas, nuestros

ojos, son constreñidos a ver lo que no deberían ver, y sean tales las circunstancias, que no podamos de hecho impedirlo, ni corregirlo o repararlo, ¿qué debemos hacer en tal caso? En ese caso debemos *compadecer, llorar y orar*. Santo Tomás lo ha dicho en las últimas palabras de la cita que pusimos al principio de este capítulo: «está animado de buen celo el que viendo desórdenes, no pudiendo corregirlos *tolerat et gemit*, los tolera y, mientras tanto gime». Sí; no pudiendo hacer otra cosa, lloremos, lloremos cualquier ofensa inferida a Jesús Sacramentado. Él aceptará nuestras lágrimas en expiación y reparación de las injurias que directa e indirectamente hieren su Corazón; y las aceptará también como oraciones propiciatorias por los infelices que le deshonran y ultrajan. Y el buen Jesús, movido de nuestras lágrimas, hará lo que no podemos hacer nosotros... ¡Oh, qué fuerza tan potente contiene y desarrolla una sola lágrima derramada sobre el Corazón de Jesús!

Santa Margarita de Cortona no podía reposar y sufría indeciblemente al ver las iglesias profanadas. Un día que se deshacía en lágrimas por este motivo, nuestro Señor le dijo: «Tranquilízate, hija mía, no te desanimes; ruégame, que, si quiero, obtendré bien pronto yo lo que tú no lograrás conseguir».

XV. Llorad, pues, no pudiendo hacer otra cosa por Jesús Sacramentado; no teniendo más que darle, dadle vuestras lágrimas. Tendréis al menos la satisfacción de repetir con Job: *Ad Deum stillat oculus meus:* «a Dios es a quien recurren deshechos en lágrimas mis ojos» (1). Llorad, como los Profetas. sobre las profanaciones del Templo Santo de Dios y de los divinos misterios; y, como las hijas de Dios, llorad las amarguras con que es amargado el Corazón eucarístico de Jesús Sacramentado. Dichosas las almas que, verdaderos ángeles del Señor, llenas de celo por las ofensas que se le hacen, no pudiendo repararlas, lloran continuamente. como David, para consolar al menos a su Amado. El cantor de Dios, en el salmo 118, dice: *Exitus aquarum deduxerunt oculi mei:* «arroyos de

(1) Job. XVI, 21.

lágrimas han derramado mis ojos»... Y ¿por qué? ¿acaso por desgracias imprevistas? No. responde San Ambrosio comentando estas palabras: *Habuit quoque multa quae fleret:* tuvo el real Profeta muchas desventuras que llorar; mas aquí no llora por ellas. ¿Porqué llora. pues? *Quia non custodierunt legem tuam, Domine:* «porque no han observado tu ley, oh Señor». *A tanto viro plus culpa, quam aerumna deffletur* (1): tan piadoso varón llora más la culpa, que la desgracia; más la ofensa de Dios, que el castigo de Dios. Este es el celo perfecto.

Mas, si no sólo no podéis reparar las ofensas hechas a Jesús, sino que ni siquiera os conmueven; si ni siquiera sabéis llorar; si. a vista de tantas irreverencias y desórdenes, permanecéis indiferentes e insensibles, ¡oh! entonces podéis estar seguras que no tenéis nada de celo eucarístico, ni de amor eucarístico; y en semejante dolorosísima hipótesis. no os equivocaréis al excluiros por vosotras mismas del número de las almas eucarísticas.

XVI. He ahí por qué mi seráfico Patriarca. que fue tan amante de la Eucaristía, fue también por ella tan celoso. Siendo todavía seglar, deseó restaurar las iglesias pobres y arruinadas, y compraba ornamentos y utensilios para el santo Sacrificio, enviándolos secretamente a sacerdotes e iglesias pobres. No obstante su extrema pobreza, procuraba y distribuía limpísimos copones. El mismo cocía las hostias en cierros artísticamente trabajados y envió estos modelos para hacer hostias a todas las provincias. Nada le agradaba tanto, como el barrer humildemente las iglesias y adornar los altares con toda la devoción posible. Pero más que a las iglesias, él honraba sumamente a los sacerdotes. Entre sus opúsculos. los más llenos de sabiduría son los que tratan de la Eucaristía; y entre sus cartas, las más ardientes y encendidas en amor son las que recomiendan la Eucaristía a los príncipes, a los clérigos, a sus frailes y a todo el pueblo cristiano.

Sus primogénitas hijas espirituales, las Clarisas, fueron sus más celosas cooperadoras en preparar ropas, manteles, adornos y ornamentos para las iglesias que no tenían medios de procurárselos.

De la seráfica Santa Clara narra Tomás de Celano que, «forzada a permanecer en el lecho por graves enfermedades, se hacía incorporar en él y sostener por medio de almohadas; estando así sentada, trabajaba preciosos linos de los que hizo más de cincuenta corporales. Después los encerró en bolsas de seda y púrpura y los mandó a través de montes y valles a diversas iglesias en los contornos de Asís».

Es cierto. pues, que el celo eucarístico de los Santos prueba su amor eucarístico.

CAPÍTULO VIII

QUINTA REGLA

APOSTOLADO DEL EJEMPLO

I. Deseando que mi trabajo sea lo más completo que sea posible, hablaré ahora del Apostolado del ejemplo y de la palabra, comenzando por el ejemplo que es el primer fruto del verdadero celo.

El ejemplo es la más elocuente de las enseñanzas y la más poderosa de las fuerzas. No son los preceptos los que más estimulan al hombre, sino los ejemplos: las teorías iluminan, los ejemplos arrastran; la palabra persuade, el ejemplo convierte; la doctrina se discute, en cambio, ante el ejemplo las cabezas se inclinan, las armas se rinden, se cae de rodillas, quedamos vencidos. Ciertamente que las reglas y teorías son necesarias para aprender cualquier ciencia. arte o profesión, pero es la práctica la que esclarece la regla; es el ejemplo el que demuestra la teoría. Según la observación del antiguo retórico Quintiliano: «Sesultaría largo un magisterio que quisiese cumplirse a base de solos preceptos»: *Longum iter per praecepta;* y sería aún dificultoso y de no muy seguro resultado; en cambio, *breve et efficax per exempla:* el magisterio a base de ejemplos es breve, más eficaz y seguro. Un cuarto de hora de práctica vale por un día entero de

teoría; se aprende más con los ojos, que con el oído; quedamos más embelesados y excitados ante lo que se ve, que ante lo que se oye: la escena verdadera conmueve más que la representada.

II. Por eso, siguiendo el ejemplo del divino Maestro, que primero hizo y después enseñó, el principal apostolado que ejercitaron los Santos, fue el apostolado del ejemplo; él fue la prueba más palpable y la confirmación más eficaz de su santidad. Y la razón es clara: el ejemplo es, con respecto a la persona que lo da, como el fruto con respecto a la planta. Decía nuestro dulcísimo Salvador: «Todo árbol bueno produce buenos frutos; y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos; ni un árbol malo darlos buenos». Y. aplicándolo a los falsos profetas, concluía: *Igitur ex fructibus eorum cognoscetis eos:* «por sus frutos. pues, los podréis conocer» (1). Y los frutos son las obras, que forman el bueno o mal ejemplo.

Aplicándola a nuestro asunto, también esta sentencia del Salvador constituye una regla hermosísima para conocer a las almas eucarísticas: *Ex fructibus earum cognoscetis eas.* Son plantas del Señor, plantas de gracia y de bendición, y no pueden producir frutos malos; producirán necesariamente buenos frutos. Por consiguiente, podemos obrar como obran las almas eucarísticas; podemos seguirlas seguramente e imitarlas amorosamente. Ellas nos enseñan, invitan y arrastran, y no podemos engañarnos al reconocerlas, porque *ex fructibus earum cognoscetis eas.*

III. Decidme, ¿se necesita mucho para conocer si una casa está ardiendo, o si un enfermo tiene fiebre? ¿Se necesita mucho para persuadirse de que en una habitación hay flores, o de que en una iglesia se ha quemado incienso? ¿Me equivocaría si, viendo a una golondrina entrar y salir frecuentemente de un agujero, o a las abejas de una hendidura, dijese que allí hay un nido, y aquí una colmena? ¿Sería temerario si. por el exterior de una persona,

(1) Mt. VII, 7, 20.

dedujese su interior, cuando es el Espíritu Santo mismo el que me enseña que «por el semblante es conocido el hombre», *ex visu cognoscitur vir*, «y que la manera de vestir. de reír y de caminar del hombre, dicen lo que es»: *amictus, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo*? (1).

Aplicad ahora a la vida eucarística todas estas reflexiones, y conoceréis luego a las almas eucarísticas; y las conoceréis precisamente por sus frutos, es decir, por el conjunto de su vida exterior, por lo que hacen por Jesús y por la Eucaristía: *Ex fructibus earum cognoscetis eas.* Y notad que no es muy difícil, ni cuesta gran trabajo hacer estos reconocimientos eucarísticos. Muchas veces para conocer a un sacerdote, basta oír su Misa. ¿Es un religioso? basta observar cómo está en el coro, o cómo canta las divinas alabanzas delante del Tabernáculo, en compañía de los santos Angeles. ¿Es un seglar? mirad cómo está en la iglesia. y especialmente cómo asiste al santo Sacrificio de la Misa. ¿Queréis saber cuán fervorosa es una Comunión? Pues lo conoceréis infaliblemente por la preparación que la precede y la acción de gracias que la sigue.

IV. ¿Qué más? Aun sólo las genuflexiones son muchas veces suficientes para manifestarnos la fe, amor y respeto del que pasa delante del Santísimo Sacramento.

¿Qué es lo que vieron los paganos cuando, en la vía Appia de Roma, encontraron al jovencito acólito San Tarsicio? Sólo el porte angélico del niño. Porque era un ángel en carne humana, por eso fue escogido para llevar el Pan de los Angeles; si su modestia y compostura exterior no hubieran sido tan angélical. habría infundido en el ánimo de los paganos menos sospecha. Fue, por tanto, observación de un momento: verlo, conocerlo y apedrearlo, fue todo uno.

Basta a veces un hecho. un gesto. una palabra sola para dar a conocer a un enamorado del Santísimo Sacramento. En un día de Viernes Santo. San Alejandro Sauli,

(1) Eccli. XIX, 26 27.

barnabita, siendo obispo de Pavía, antes de comenzar las funciones propias de este día santísimo, se arrodilla ante el altar del Monumento para adorar al Santísimo, encerrado en la urna. Pasan los cuartos, las horas, y el Obispo no sale de su contemplación. El clero está preparado hace largo rato, y la iglesia llena de gente, que espera ansiosa comience la función. Entonces un canónigo juzga conveniente acercarse al santo Prelado, y le dice bajito al oído.

—Monseñor, se hace tarde.

—¿Tarde? —responde el Santo— pues ¿cuánto tiempo hace que estoy en la adoración?

—Hace ya dos horas y media...

Confuso el santo Obispo, se levanta al instante. se prepara y comienza la función. ¿No bastaría este hecho solo para manifestarnos el grande amor de Alejandro Sauli a Jesús Sacramentado?

El día 11 de enero de 1855, en Roma, en la Parroquia de Santo Tomás in Parione, se llevaba el Santo Viático a una enferma, llamada María Carletti. Cuando he aquí que, cerca de la iglesia Nueva, aparece una carroza nobilísima. no por lo que era, sino por lo que llevaba; pues llevaba al personaje más augusto de la tierra, al Vicario de Jesucristo, al Padre Santo Pío IX. Apenas el Pontífice repara que es el Viático, hace parar al instante la carroza, desciende de ella y se une al pueblo para acompañar al Santísimo. Al contemplar esta escena; todos los presentes lloran de ternura; y la admiración sube de punto cuando ven que el Padre Santo con sus propias manos quiere administrar el Viático a la afortunada enferma y asistirla por un rato a bien morir. ¿No bastaría este solo ejemplo para dar a conocer el ánimo eucarístico del inmortal Pío IX?

V. Mucho más si no es una Misa sola, sino todas las Misas las que manifiestan a un sacerdote; y todas las comuniones, todos los discursos, todos los días y todas las ocasiones las que dan a conocer a un alma... ¡Dios mío!, ¿se necesitará gran ciencia en este caso para conocer dón-

de esté y cuál sea el tesoro de esta alma? ¿para persuadirse de qué naturaleza sea esta planta del Señor?

Mirad allá, en Francia, en la segunda mitad del siglo pasado,a ese sacerdote, que parece no ha venido al mundo, sino para habitar en la iglesia, girar en torno de los Tabernáculos, consumirse delante de las Custodias y llamar allí a todos los hombres del mundo. Si habla, habla de la Eucaristía; si predica, predica acerca de la Eucaristía; si llora, llora por la Eucaristía; si goza, goza de la Eucaristía; si trabaja, en fin, trabaja sólo para gloria y honor de la Eucaristía. Desea absolutamente anonadarse, que su persona así anonadada sirva de escabel a Jesús Sacramentado, y que su anonadamiento acelere el reinado eucarístico de Jesús sobre la tierra. ¿Quién es, pues, esta dulce víctima del Señor? ¿Se requiere mucho esfuerzo para reconocer en ella al Bto. Pedro Julián Eymard, o sea, al Sacerdote de la Eucaristía, como ha sido llamado por sus hijos y discípulos, por los Sumos Pontífices, y ahora por todo el mundo católico?

¡Oh venerable Padre, aceptad este mi humilde recuerdo! Soy también vuestro hijo, pues soy el último de vuestros Sacerdotes, adoradores de la Hostia Santa.

VI. Es cosa muy fácil reconocer las iglesias y los hijos del Bto. Pedro Julián Eymard, *los Religiosos del Santísimo Sacramento*. ¡Qué título tan hermoso! lo dice todo: el origen, el fin y la gloria del Instituto.

¡Cosa admirable, por cierto! en diecinueve siglos de cristianismo, ningún santo había pensado en fundar una orden consagrada principalmente al culto de la Eucaristía. Esto lo pensó y suplió el Bto. Eymard. A los demás institutos el título se lo dan el hábito que llevan o el santo Fundador; en cambio, a los hijos del Bto. Eymard, el título se lo da Aquel a quien están consagrados: *el Santísimo Sacramento;* y no sólo les da el título, sino también la divisa.

Si entráis en las iglesias de los demás Religiosos, es fácil que tengáis necesidad de preguntar a quien pertenece aquella iglesia; no así entrando en una iglesia de los Religiosos de que hablamos. Cuáles son sus iglesias y

quiénes son ellos, se conoce por la exposición perpetua del Santísimo Sacramento.

Deseando un día encontrarlos en Roma, pedí me indicaran dónde estaba su iglesia. Anduve; mas, no conociendo bien las calles de la santa Ciudad, me perdí. Entré en una iglesia; la encontré muda y desierta no puede ser la de los Religiosos del Santísimo Sacramento. Entré en una segunda; había gente, se celebraban aún Misas, pero el altar mayor no estaba adornado. faltaban las señales del Santísimo expuesto; por consiguiente, tampoco ésta era la iglesia que yo buscaba. Finalmente, traté de entrar en la iglesia de San Claudio. Me equivocaré por tercera vez? Pudiera ser; mas apenas hube entrado, al instante conocí ser ésta la iglesia, la casa, el paraíso de los Religiosos del Santísimo Sacramento. Me pareció un cuadro viviente, una visión. En alto, sobre el altar mayor. la Custodia, radiante de luz, entre los cirios encendidos; la iglesia llena de gente; en todos los altares se celebran Misas... ¡Se oraba, se adoraba, se ardía!

Y ¿los Religiosos? ¿dónde estaban los Religiosos del Santísimo Sacramesto? *Ubi thesaurus vester est:* alrededor del Divino Tesoro, en semicírculo, arrodillados, inmóviles, de la misma manera como nos lo representa la hojita de la Asociación de los Sacerdotes adoradores. No vi con los ojos en medio de ellos al bienaventurado Fundador; su grande alma, sin embargo, la creí presente.

Mas ¿cómo conocí luego a estos bienaventurados Religiosos?... ¿Cómo? *Ex fructibus eorum:* por las mismas señales por las que los antiguos paganos reconocieron. en la misma Roma al santo acólito Tarsicio, es decir, por su compostura. Los miré conmovido y exclamé: *Vere locus iste sanctus est:* «¡verdaderamente santo es este lugar; en verdad que Dios está sobre el altar, y realmente son estos los Religiosos del Santísimo Sacramento!

Y esto que digo de los hijos del Bto. Eymard, vale lo mismo de las Religiosas de tantos y tantos Institutos consagrados exclusivamente a la adoración de la Eucaristía. Viéndolas con sus largos y blanquísimos velos y en su extático recogimiento, para parecerme verdaderos ánge-

les, les falta una sola cosa: *las alas*. Si las tuviesen, las veneraría, no sólo como Religiosas, sino también omo ángeles de la Eucaristía.

VII. Como del exterior de los demás deducimos su interior, de la misma manera, los demás por nuestro exterior conocerán nuestro interno amor a Jesús Sacramentado. Nuestro ejemplo, pues, debe ser el buen olor de Jesucristo.

¡Oh almas que queréis honrar al eucarístico Rey! sed apóstoles; pero no olvidéis que el más noble y eficaz apostolado es el del ejemplo. No todos están en disposición de juzgar de vuestros talentos. habilidad, estudios y demás cosas; pero todos, creedme, son capaces de juzgar vuestro porte y conducta. Lo he dicho ya y lo vuelvo a repetir: es imposible que el exterior no manifieste el interior. Virgilio, hablando de una divinidad pagana, dijo: *Et vere incessu patuit dea:* «y en el andar, en el porte exterior, se manifestó verdaderamente una diosa» (1). Lo mismo podrá decirse de un alma realmente eucarística: *Et vere incessu patuit dea:* es un alma del cielo; su porte exterior me lo dice, su compostura me lo confirma, su gravedad me lo asegura. En un alma verdaderamente eucarística, lo divino del espíritu se refleja en lo divino del porte exterior, y por lo divino del exterior se deduce lo divino del interior. Al decir que es un alma eucarística, queremos decir que es un alma divina o divinizada; y esto basta... *Et vere incessu patuit dea.*

Mas ¿qué maravilla que así suceda? Acordaos de cuanto en su lugar hemos dicho acreca de la asimilación y transformación eucarística. Así como la santidad de Jesús hace santos. y su pureza puros; así también su belleza hace bellos. su compostura modestos, y su gravedad graves y mesurados. Ahora bien, el alma eucarística es la fragancia y manifestación de Jesús, su fotografía, digámoslo así; de Él poco a poco toma, no sólo la gracia, la vida y la santidad, que son invisibles, sino también los movimientos externos, el porte, la compostura, la gentile-

(1) Eneida, I, 409.

za de los modales. la serenidad, la dulzura. la gravedad, todo, en suma.

VII. ¡Ea!, pues; el apostolado eucarístico comience por vuestro mismo ejemplo. Que nadie os aventaje en la devoción al Santísimo Sacramento; en vuestra parroquia y familia, en vuestro convento e instituto, sed el ángel de la Eucaristía. Seréis tal vez observados por los demás, mas no os importe; vuestra intención sea purísima y manifiesta a Dios solo, y como nos advierte nuestro divino Maestro: «Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (1). Os consuele el pensamiento de que el buen ejemplo es santamente contagioso; por eso he dicho desde un principio que es la más poderosa de las fuerzas. El ejemplo es cabalmente como la levadura, que fermenta toda la masa con la cual se mezcla; él no va nunca solo, y pocas almas *verdaderamente* eucarísticas. con su ejemplo firme y constante, bastan muchas veces para introducir el eucarístico fermento en una casa religiosa. instituto, familia, o en una parroquia entera. Las almas eucarísticas encuentran pronto compañeras.

Por lo cual. si San Pablo recomendaba a su discípulo Tito que «en todas cosas sirviese de buen ejemplo», *in omnibus* (1), con mucha más razón lo podemos repetir a los discípulos eucarísticos: *In omnibus teipsum praebe exemplum.* En todas las prácticas, fiestas. asociaciones, en todas las solemnidades y ocasiones, y en todos los lugares, públicos y privados, ocultos y manifiestos, tratándose de Jesús Sacramentado, servid a todos de ejemplo: *In omnibus teipsum praebe exemplum.* Especialmente. en la iglesia, asistiendo a la celebración de la santa Misa, recibiendo la sagrada Comunión o estando delante del Santísimo. cualquiera que os mire, se persuada de que sois una lámpara, que quiere consumirse en honor de su Dios

(1) Mt. V, 16.

Sacramentado. Sí, en la iglesia, la lámpara y el alma eucarística hablen de Jesús.

IX. La lamparita encendida tiene un doble oficio: a nosotros recuerda la presencia de Jesús; a Jesús le manifiesta nuestra fe. La lamparita es centinela, portera, indicadora de Jesús Sacramentado; lo que fue la estrella para los Magos, es la lámpara para nosotros.

Cuando entramos en la iglesia y queremos hallar el altar del Santísimo, buscamos la lamparita encendida; a ella nos dirigimos para preguntar dónde está nuestro Rey, a quien continuamente está dando testimonio de nuestra fe. Si no creyésemos que está presente realmente en los Tabernáculos; si no le amásemos, no tendríamos perennemente encendida delante de Él la lamparita. Por lo cual, ella da testimonio a Jesús de nuestra fe ardiente, y a nosotros nos asegura de la presencia de Jesús.

X. Recuerdo, a este propósito, la anécdota graciosísima, contada por el ilustre Cardenal Perraud en el Congreso Eucarístico de Paray-Le-Monial, celebrado el 22 de septiembre de 1897, y que sucedió en Inglaterra.

Un protestante, por curiosidad, entró en cierta ocasión con su hijo pequeñito en una iglesia católica. Al niño le llama la atención la lamparita que arde delante del altar mayor, y pregunta: —¿Papá, por qué está allí esa lámpara?

—Porque allí, dentro del Tabernáculo, está Jesús, le responde el padre.

Salen de allí, dan una vuelta, y, encontrando una iglesia protestante, entran en ella. El niño lo primero que hace es buscar la lamparita; sus ojuelos giran de aquí para allá; mas no la descubre el inocente.

—Papá, pregunta, y ¿por qué no hay lámpara aquí?

—Porque aquí no está Jesús, hijo mío.

—Salgamos luego de aquí, dijo entonces el niño, salgamos de aquí. ¡Llévame donde está Jesús, Papá mío, llévame donde está Jesús!

Aseguró el Cardenal que, con este suceso, toda aquella familia de protestantes se convirtió y entró en la Santa

Iglesia Católica Romana, donde solamente está Jesús y su lamparita encendida.

XI. Por tanto, para nosotros que creemos, la lámpara tiene una fuerza demostrativa. Pues bien, puédase decir del alma eucarística otro tanto. Hallándose en el altar, donde celebra, o en la santa mesa para la Comunión o bien arrodillada delante del Tabernáculo, con sólo verla, deberíamos al punto exclamar: «Es imposible que allí no esté verdaderamente el Dios de los Angeles, y que esta alma no sea realmente un ángel de Dios». Y esto aun lo deberíamos decir, aunque encontrásemos apagadas todas las candelas y lámparas. ¡Oh! si hubierais visto cómo celebraban la santa Misa Felipe Neri, Vicente de Paúl, Alfonso de Ligorio. o cómo recibían la Comunión Catalina de Sena, Magdalena de Pazzi, Verónica de Giuliani. Teresa de Jesús, o cómo estaban delante del Santísimo Luis Gonzaga, Benito José Labre, con sólo verlos, aunque estuvieran apagados todos los cirios y lámparas, ciertamente habríais exclamado: «Verdaderamente Jesús está presente en el Tabernáculo, y éstos son los ángeles de Jesús-Eucaristía.»

XII. Considerad, por fin, que el ejemplo no es solamente el más eficaz de los magisterios y la más poderosa de las fuerzas, sino que puede ser también de gran mérito o de gran responsabilidad. según que sea bueno o malo.

Y ¿cómo no? ¡Cuántos ejemplos se leen de herejes convertidos por haber observado a escondidas la compostura de los católicos en la iglesia; y al contrario, cuántos otros se refieren también de herejes que permanecieron impenitentes por haber visto la falta de compostura de los católicos en la iglesia! Los primeros han dicho: «Es imposible que no esté realmente presente Jesús si delante del altar el católico, aunque no observado ni visto por ninguno, está como anonadado en su divina presencia». Mas los segundos sacaron como consecuencia: «Es imposible que en la hostia esté realmente Jesús si los católicos, aunque vistos y observados, están con tanta falta de compostura y respeto en la iglesia, y ningún superior los castiga...»

¡Terrible consecuencia! ved hasta dónde llega la fuerza del buen o mal ejemplo.

XIII. En la vida del Cardenal Mermillod se lee, que, siendo Obispo de Ginebra, guarida de herejes, predicó un año la cuaresma. empleando toda ella en probar la presencia de Jesús en la Eucaristía. Una señora, calvinista, le había escuchado todos los días; y al terminar la cuaresma estaba convencida y persuadida del todo, mas no convertida aún. Para convertirme —decía ella— me falta todavía una prueba, la última, esto es, quisiera convencerme de que Monseñor Mermillod, de hecho cree también él; que su fe corresponde a su doctrina. Y ¿qué hacer para obtener esta prueba? El medio fue presto hallado. Se sabía en Ginebra que el Obispo, volviendo por la tarde de paseo, entraba en la catedral. hacía la visita al Santísimo Sacramento y echaba con sus mismas manos el aceite en la lámpara, y después se retiraba al antiguo palacio episcopal. Cierto día, al anochecer. sin ser vista de nadie, se esconde dicha señora calvinista en un confesonario, desde donde se divisaba muy bien el altar del Santísimo Sacramento; y allí espera con sobresalto y ansiedad a que venga el Obispo. Este no tardó en llegar. Con gravedad y compostura entra en la iglesia y se adelanta silenciosamente hasta el altar del Santísimo. Llegado allí despide al secretario que le acompaña, y queda solo el piadoso Monseñor. Una vez que estuvo solo, se pone luego de rodillas delante del Tabernáculo con la frente en tierra, y en tan humilde postura adora profundamente al Dios de bondad y amor. Ver esta escena edificantísima y conmoverse el alma de la hereje, fue todo uno. «Cree, cree, exclamó dentro de sí: o Monseñor es un loco que adora tan profundamente una hostia cualquiera; o verdaderamente, para él, Jesús está en esa hostia. Mas Monseñor Mermillod no es un hombre que esté loco; luego Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía. La doctrina del Obispo es verdadera, y es verdadera también su fe, y si él cree, también creo yo». Y así diciendo, sale del confesonario mientras el santo Obispo echaba el aceite en la lámpara del Santísimo. Al sentir el ruido y ver aquel fantasma

de mujer. el pobre Prelado tuvo sobresalto y exclamaciones de temor y admiración. que se convirtieron pronto en acentos de júbilo cuando la vio arrojarse a sus pies y oyó que le decía: «Monseñor, vuestra doctrina me ha iluminado. y ahora vuestra fe me convierte; creo también yo que Jesús está realmente presente en la Eucaristía; desde este momento, oh Padre, yo soy católica, apostólica y romana». Y en aquel mismo instante, a los pies de Jesús Sacramentado, hizo la abjuración de la herejía.

XIV. En cambio, es bien diverso, desgraciadamente, el hecho que cuenta San Alfonso. Lo narraré con sus mismas palabras.

«Me contó cierto religioso de mucho crédito, que en Roma hubo cierto hereje. que estaba resuelto a abjurar; mas habiendo después visto una Misa indevota, se fue al Papa y le dijo que no quería ya abjurar, pues se había persuadido de que ni los sacerdotes. ni el mismo Papa tenían verdadera fe en la Iglesia Católica. Por que —decía— si yo fuese Papa y supiese que había un sacerdote que dice la Misa con poca reverencia, lo haría quemar vivo. Mas viendo yo que hay sacerdotes que celebran de esta manera, y no son castigados, me persuado de que ni siquiera el Papa cree. Y así diciendo, se despidió y no quiso ya abjurar». *(Selva pred. Instruc. I).*

Por cierto que razonó bien estultamente este pobre infeliz; pero ¡ay! del que fue. si no la causa, por lo menos la ocasión de esta obstinación. Y ¡ay! también de todos los que con el mal ejemplo destruyen y no edifican en la casa del Señor. Por nuestra parte, esforcémonos en ser apóstoles de Jesús Sacramentado; mas el verdadero apostolado comience por nosotros mismos, por nuestro propio ejemplo, que es magisterio. fuerza y responsabilidad.

Y pensadlo bien: por vuestro obrar eucarístico, se conocerá vuestro ser eucarístico.

Capítulo IX

SEXTA REGLA

APOSTOLADO DE LA PALABRA

I. El Salvador dijo: «Donde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón»; mas también dijo: *Ex abundantia cordis os loquitur:* «de la abundancia del corazón habla la boca». De manera que donde está el tesoro, está el corazón; y donde está el corazón, allí está la lengua. Cuál sea nuestro tesoro lo manifiesta la inclinación de nuestro corazón; y cuál sea la inclinación de nuestro corazón lo manifiesta asimismo nuestra lengua. Entre el uno y la otra hay íntima relación, como entre el eco y la voz que lo produce, la flor y su raíz, el arroyuelo y su fuente.

Ahora bien. si la santa Eucaristía es nuestro tesoro, lo testificarán los latidos de nuestro corazón. y a los demás se lo dirán nuestras palabras y discursos; pues, así como no es posible que sea muy amado aquello en que poco o nada se piensa, así tampoco es posible que lo sea aquello de lo que poco o nada se habla, o sólo se habla fría y superficialmente. Lo mismo que están inflamados los corazones de las almas eucarísticas, así lo están sus lenguas; y el celo que las incita al apostolado del ejemplo, las impele también al apostolado de la palabra. *Trabajan y enseñan;* trabajan como almas eucarísticas, y enseñan igualmente como almas eucarísticas.

II. Sucede a estas almas, en orden inverso, lo que sucedió a San Pedro, en el atrio de Caifás, la fatal noche de la Pasión. Pocas palabras había dicho el pobre Apóstol, y bastaron éstas para reconocerlo por verdadero galileo y compañero de Jesús de Galilea. Le dijeron. pues: *Vere et tu ex illis es: nam et loquela tua manifestum te facit* (1):

(1) Mt. XXVI, 73.

«seguramente eres tú también de ellos, porque tu misma habla te descubre». Era inútil negar jurando y perjurando; la misma habla lo declaraba compañero de Jesús; con Él le habían visto tantas veces; hasta en el huerto, poco antes, cuando le prendieron, estaba a su aldo. El habla, pues, le hacía traición y acusaba naturalmente sus negaciones.

Pues de la misma manera, al oír hablar de Jesús Sacramentado a un alma eucarística, del mismo modo como habla, se deduce luego que también ella es de los compañeros de Jesús, de sus discípulos predilectos y de sus enamorados.

También a ti, oh amada de Jesús Sacramentado. se puede muy bien aplicar las palabras dichas a San Pedro: *Vere et tu ex illis es: nam et loquela tua manifestam te facit:* seguramente eres tú también de las almas eucarísticas, porque tu misma habla te descubre. No todos podrán conocer tu fe, ni entender tus amores, mas todos comprenderán tus palabras. Y como la boca habla de lo que abunda en el corazón, y del corazón sale lo que sale de la boca, *quae procedunt de ore, de corde exeunt* (1). por tanto, tus palabras, oh santa alma, descubren tu corazón y manifiestan claramente que también eres tú de aquellas afortunadas criaturas que viven en la tierra ardiendo, como ocultos serafines, de amor a la Eucaristía. Sí, sí; *vere et tu ex illis es: nam et loquela tua manifestam te facit.*

III. Dice San Gregorio: «Si os encamináis hacia Dios, procurad no ir solos a Él» (»); y San Agustín añade: *Si Deum amatis, omnes ad Dei amorem rapite* (3): «si amáis a Dios, atraed a todos a su amor». Ver poco amado a Dios, era la más grande pena de los Santos, y desear que fuese amado por todos, el más ardiente de sus deseos, el fin ansiado de todo su apostolado.

Mas después del ejemplo, ninguna fuerza es tan poderosa como la de la palabra, especialmente de la palabra

(1) Mt. XV, 18.

inflamada que sale de un corazón abrasado en el amor divino. Entonces toda palabra es chispa, dardo, saeta; y para atraer —sobre todo cuando está vivificada, por el ejemplo— la palabra es amor y cebo. y su apostolado es red y pesca, mies y vendimia. Por eso, los Santos, queriendo atraer el mundo a los pies de Jesús Sacramentado, unían sin falta a la fuerza del ejemplo la de la palabra. Sus discursos, públicos o privados, sus amonestaciones y consejos, todos sus acentos eucarísticos, los daban a conocer y manifestaban delante de los demás como ángeles y apóstoles de la Eucaristía: *Loquela tua te manifestum facit.*

Y vosotros, amados lectores, ¿habláis alguna vez de la Eucaristía? y ¿cómo habláis de ella? ¿no dejáis pasar nunca las ocasiones de recordarla, exaltarla y recomendarla a los demás? ¿Os servís del puesto que ocupáis. del derecho que tenéis, de vuestro estado, posición y condición, para patrocinar la causa de Jesús Sacramentado, para enfervorizar a las almas que están próximas a Él y llevarle las que están alejadas de su amante Corazón? ¿Ponéis. según las propias fuerzas, vuestra lengua, talentos y estudios al servicio del Sacramentado Señor, procurando, como mejor podáis, que sea más conocido y amado, mejor servido y glorificado? ¿Cómo podré decir que sois alma eucarística, si nunca os oigo hablar de la Eucaristía; si jamás recomendáis su devoción, ni exhortáis a los demás a que amen a Jesús Sacramentado? Si vuestra lengua es enucarísticamente árida, ¿no deberé concluir que también es eucarísticamente árido y frío vuestro corazón? El corazón no da lo que no tiene, ni la lengua puede decir lo que en el corazón no existe. Y por eso, entre las reglas positivas, que dan a conocer a las almas eucarísticas, he querido y debido poner el apostolado de la palabra.

IV. Mas este apostolado. en primer lugar y más de cerca, toca a los que se ha dicho: *Docete,* enseñad; o sea, a los sacerdotes.

Una noche que el Bto. Diego José de Cádiz, sacerdote capuchino, desahogaba su corazón delante del Tabernácu-

lo, Jesús le habló dulcemente de esta manera: «Si forzado de mi amor hacia los hombres, me he quedado sacramentado con ellos en las iglesias, donde recibo con placer los obsequios de adoración que me rinden, ¡con cuánto mayor placer moraré en sus pechos, habiendo sido éste el fin por el que prometí estar con los hombres hasta la consumación de los siglos! En esto he puesto mis delicias; entiéndelo bien para tu enseñanza y predícalo a todos, a fin de que mi amor sea correspondido». Desde ese día la devoción del santo religioso llegó al sumo grado. y se consagró con mejor empeño a predicar las excelencias del Santísimo Sacramento y a hacer conocer sus bienes y ventajas. La frase que con frecuencia repetía y que manifestaba toda su alma eucarística. era ésta: «No estaré tranquilo hasta que no vea a todo el mundo hecho devoto del Santísimo Sacramento» (1).

Son, pues, los sacerdotes los verdaderos promulgadores de la Eucaristía, y a ellos con especialidad ha sido confiado y pertenece el apostolado de la palabra eucarística. Sí, los sacerdotes verdaderamente celosos del honor y de los deseos amorosos de Jesús Sacramentado no cesan nunca de hablar de Él y de recomendar su devoción a los fieles.

V. Principalmente desde el púlpito. y no sólo en la predicación sobre la Eucaristía, sino en cualquier género de predicación, no dejarán pasar ocasión alguna de hablar de Jesús Sacramentado, y de hablar de Él convenientemente; pues no es raro escuchar sermones sobre la Eucaristía hechos de un modo demasiado lírico, o demasiado dogmático. Cierto que la Eucaristía es dogma y a la vez poesía; mas *nou omnes capiunt verbum istud*. Para enamorar los corazones de los que escuchan, es menester hacerse entender de todos. Si Jesús para la materia de la Eucaristía no eligió elementos raros y preciosos, sino pan y vino, es necesario que nuestra predicación eucarística sea. si no siempre, al menos ordinariamente, pan y vino.

(1) Véase su vida, escrita por el Rdmo. P. Uablo de la Piève, lib. II, cap. III.

Mas, sobre todo, sean puras las enseñanzas eucarísticas; sean pan ázimo. como la materia misma de la Eucaristía, sin levadura ni mezclas; sea la doctrina eucarística trigo purísimo sin paja, y especialmente sin cizaña, pues no es ni puede ser enseñanza verdaderamente eucarística la enseñanza pública o privada, que no sea rigurosamente católica, apostólica y romana.

VI. Preguntádselo a San Alfonso María de Ligorio con qué género de predicación ha arrastrado pueblos enteros a los pies de Jesús Sacramentado, y con qué suerte de libros no cesa aún de embriagarles eucarísticamente. En verdad, ¡qué encantador sería oírle predicar como un serafín sobre el Augustísimo Sacramento, especialmente cuando estaba expuesto en el altar! ¡Qué encanto cuando, parándose un momento y dirigiendo desde el púlpito la mirada a la Custodia, prorrumpía en estas tiernas y suaves expresiones: «Helo ahí, vedlo. ¡qué bello es, y amadlo... amadlo!...» El libro de las *Visitas* al Santísimo Sacramento fue el primero por él compuesto, donde no es la mente, sino el corazón el que habla, arde y se derrite de amor; el que conmueve, enfervoriza e inflama el ánimo de los devotos lectores.

San Alejandro Sauli, mencionado poco antes, en un día de carnaval, tuvo un sermón en la iglesia delante del Santísimo solemnemente expuesto. Por texto puso las palabras del profeta Baruch. *O Israel, quam magna est domus Dei, et ingens locus possessionis ejus!* (1). «¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios. y cuán espacioso el lugar de su dominio!» Cuanto más adelantaba en la predicación, tanto más ardía su corazón y se inflamaban sus palabras. De pronto, parece perderse, se para, calla un momento, se recoge, y es arrebatado en éxtasis en presencia del pueblo, que ve a su Pastor elevado en el aire, con el rostro y los brazos vueltos hacia el Dios del Amor, que le había arrebatado. embriagado y sacado fuera de sí.

De la misma manera, cuando predicaba de la Eucaristía o delante del Santísimo el santo Cura de Ars. se trans-

(1) Bar. III, 24.

formaba y revestíase de un aire tan celestial, y sus palabras volvíanse tan ardientes e inflamadas de amor, que los oyentes quedaban conmovidos y se deshacían en llanto. Y se observó que cuando el Santo en vez de predicar desde el púlpito, lo hacía desde el altar, entonces la presencia y proximidad real de Nuestro Señor en el Tabernáculo le causaba tanta impresión, que perdía la respiración y la voz. Fue, pues, verdaderamente inspirado por Dios el que, sobre la lápida sepulcral del santo Cura, no hizo grabar otra cosa más que su nombre y la imagen de la Custodia: aquel nombre y aquella Custodia son todo su elogio y su vida toda entera.

Los predicadores, por tanto, sean los primeros apóstoles de la palabra eucarística. los mensajeros de la Eucaristía, los heraldos de Jesús Sacramentado. ¡Cuánto fuego pueden difundir las lenguas inflamadas de los sacerdotes evangelizadores; cuántos corazones arrebatar y cuántas almas ganar para Aquél que tiene todas sus complacencias en hacer bien a las almas!

VII. Como los predicadores desde el púlpito. así también los confesores en el confesonario, donde están en contacto más inmediato y divino con las almas, y, en general, los pastores que tienen a su cuidado la grey del Señor, y los superiores de casas religiosas o directores de colegios, no cesen de atraer hacia Jesús las almas confiadas a sus desvelos y solicitud e inflamarlas en el amor al Santísimo Sacramento. Y no solamente ellos, sino cualquiera puede y debe según su estado buscar o al menos no dejar pasar la ocasión de decir una palabra en favor de Jesús Sacramentado, dar un consejo, hacer una exhortación, ayudar a los niños a prepararse para la primera Comunión o. si son adultos, para que hagan bien la confesión y la Comunión pascual, y en especial de procurar se reciba a tiempo el Santo Viático, ya sea recordándoselo a los que tienen la obligación de avisar a los enfermos, ya también disponiendo y preparando a los mismos que deben recibirlo.

VIII. Por último, aun una buena correción es muchas veces un favor espiritual; y yo, mientras viva, no olvidaré

jamás la corrrección que a mí, sacerdote y religioso, me hizo en la iglesia una sencilla mujer.

Se celebraba una fiesta jubilar solemnísima, no siendo, por tanto, la ocasión muy propicia para el recogimiento. Yo estaba en la nave central. enfrente al altar del Santísimo Sacramento, y hablábamos en voz baja, mas con demasiada animación, tanto, que una buena mujer que estaba arrodillada allí cerca. no pudiendo resistir por más tiempo, se levanta disgustada, se acerca a mí, que fácilmente me distinguía como principal interlocutor, y, sin cumplimientos, me dice al oído: «Acuérdense de que no estamos en la plaza». En verdad, que me acordaré siempre, y ¿quién podrá nuna olvidarlo? Predicadores de fama he oído muchos; pero ninguna predicación he entendido tan bien, y me ha quedado tan impresa en la memoria, como la predicación de aquella santa mujer: «Acuérdense de que no estamos en la plaza».

IX. Aquí pongo término a la segunda parte. Me parece haber suficientemente indicado y demostrado las reglas principales, que sirven para conocer y distinguir las verdaderas almas eucarísticas. El pecado mortal y la tibieza son reglas negativas, es decir, que excluyen la posibilidad de pertenecer al número de dichas almas, mientras se permanezca en ese estado de pecado o tibieza habitual. Son reglas positivas, la fe viva y verdadera, animada y demostrada con las obras; la delicadeza de espíritu, que sea consecuencia y coronamiento de la fe; el amor, del que todo nace, al que todo vuelve, y en el que todo se concentra, y que esté probado por la observancia de los preceptos y de las palabras de Jesús, por la fidelidad absoluta y constante al divino Amigo, y por la inclinación habitual e intensa hacia el divino Tesoro, encerrado en los Tabernáculos de nuestros altares. Son asimismo reglas positivas el celo, que es verdadero hijo del amor, y el apostolado del ejemplo y de la palabra, que son verdaderos hijos del celo.

En el Antiguo Testamento todas las apreciaciones, especialmente de lo que se refería al culto del Señor, se hacían según los pesos del santuario: *Omnis aestimatio*

siclo sanctuarii ponderabitur (1). Ahora bien, me parece que las reglas susodichas son como los pesos espirituales del eucarístico templo de Dios; son ellas los pesos que determinan el valor eucarístico de un alma y declaran lo que tiene de eucarística y lo que no tiene, y cuándo le falta todavía y deberá aún adquirir para alcanzar el justo peso del santuario y llegar a ser perfecta alma eucarística.

X. Tales pesos, pues, son las reglas expuestas; mas es el Señor después el justo apreciador de los espíritus: *Spirituum ponderator est Dominus* (1); es Él quien examina nuestros corazones: *Appendit autem corda Dominus* (2). Nosotros, al juzgarnos eucarísticos, podemos engañarnos; y podemos tamién engañarnos al juzgar de los demás. Mas el buen Dios ni se engaña, ni puede ser engañado. Por lo cual, el mejor partido que podemos tomar es que nos pese Él mismo sobre la balanza eucarística, nos haga entender lo que nos falta. y supla con su gracia y méritos nuestros defectos.

Y ya que nuestro Señor, por una parte, invita a todos a su amor eucarístico, y, por otra, quiere y exige que nosotros cooperemos a nuestro eucarístico perfeccionamiento, de ahí la necesidad de tratar de los medios que llevarán seguramente a un alma a la vida eucarística. Lo que haremos luego en la tercera parte.

Aquel Dios que da el *querer* y el *obrar* según la *buena voluntad*, ayude, lleve a cabo y corone mi buena voluntad y deseos: *Qui coepit gpus bonum, ipse perficiet* (3).

NUESTRA SEÑORA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.
ROGAD POR NOSOTROS

(1) Prov. XVI, 2.
(2) Ib. XXI, 2.
(3) Phil. I, 6.

TERCERA PARTE

COMO SE FORMA EL ALMA EUCARISTICA

CAPÍTRLO I

DE LOS MEDIOS PERSUASIVOS EN GENERAL

I. Muy satisfecho quedaría si los amables lectores, que han tenido la paciencia de seguirme hasta aquí. olvidasen, aunque fuera. lo que he dicho en los capítulos anteriores, para retener impresas en su mente las reflexiones de los capítulos que siguen, y grabar como a cincel en sus corazones los últimos consejos. Tan grande es mi deseo de que Jesús sea de todos amado y glorificado. ¡Pobre libro mío, si no procurase a Jesús Sacramentado ni nuevos corazones, ni nuevos latidos-... Mas espero que el buen Dios no lo permitirá.

Como el tejedor recoge al fin hilos de su tela, así me toca hacer ahora a mí en esta última parte, que, por eso mismo, será prácticamente el fruto de cuanto hemos sembrado hasta aquí, y, moralmente, la aplicación del corolario de cuanto hasta aquí hemos dicho y sugerido. He querido decir esto, porque no será difícil —antes tal vez será indispensable— recordar alguna idea de los capítulos anteriores (1).

Hecha esta salvedad, comenzaré a hablar de los me-

(1) De hecho, a este particular, es utilísimo que el lector vuelva a eer cuanto ha dicho en e primer capítuo de a primera Parte, hab,ando de la gracia particular necesaria para la vida eucarística, y animando a las almas tímidas a abrazarla.

dios que seguramente harán del alma cristiana un alma eucarística; de los cuales, los más interesantes, según mi modo de ver, no son los particulares que se recomiendan a la voluntad, sino los medios generales, digámoslo así, que iluminan el entendimiento. Y éstos precisamente son los *medios persuasivos.*

II. Sí, también la formación eucarística, como todas las formaciones espirituales. debe venir de la persuasión. La persuasión engendra la resolución, y ésta lleva a la ejecución: cuanto más persuadido está uno, tanto más resuelto y poderoso para obrar llega a ser. Ahora bien, la primera cosa de que debemos persuadirnos, es ésta: que la formación eucarística exige empeño, tiempo y fatiga, y, sobre todo, oración. Pues no se puede formar en nosotros el espíritu eucarístico, sin que antes se reforme el espíritu cristiano; mas en toda reforma hay impedimentos que superar, obstáculos que vencer, defectos que corregir. virtudes que practicar; cosas todas que exigen empeño, tiempo y fatiga.

Por consiguiente, en pocos días no se llegará a ser alma eucarística; ni tampoco se llegará a serlo haciendo sólo, de cuando en cuando. alguna visita al Santísimo Sacramento, o alguna Comunión o aun muchas, pero con poco fervor. Para que el amor a la Eucaristía se convierta en vida eucarística, en el sentido verdadero de la palabra, se requiere constancia y paciencia; los que son constantes y pacientes serán los primeros en formarse y transformarse en Jesús Sacramentado.

Mas para esto se requiere oración. Es cierto que Jesucristo dijo: «Venid a mí todos»; pero también dijo: «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le atrae» (1). Quien no es atraído por el Padre, no puede ir a Jesús; es imposible. He ahí por qué la Iglesia, en nombbre de todas las almas, da este grito a su Amado: *Trahe me: post te curremus in odorem unguentorum tuorum* (2); «Atráeme en pos de ti, y correremos al olor de

(1) Jo. VI, 11.
(2) Caan. I, 3.

tus aromas». A la invitación de Jesús que dice al alma: «Levántate, apresúrate, amiga, y ven», el alma responde luego: *Trahe me post te*: «atráeme en pos de ti»; he ahí la necesidad de la oración. Quien más repite este grito. es más atraído por Jesús; y quien es más atraído por Él, más fácilmente llega a ser eucarístico. Creo que de la vida eucarística se puede decir lo que el divino Maestro decía de la virginidad: *Non omnes capiant verbum istud, sed quibus datum est* (1): «no todos entienden esta razón, sino aquellos a quienes es concedido». Y es más pronto concedido a los que lo piden por medio de la oración.

III. ¡Oh almas, que aspiráis a Jesús!! rogad, rogad mucho para que el Señor os revele también a vosotras los secretos de la Eucaristía, os atraiga así y os haga gustar sus dulzuras. Pedid con insistencia el amor al Santísimo Sacramento, y lo conseguiréis; no os canséis de buscarlo. y lo hallaréis; no os canséis de llamar a la puertecita del sagrario, y se os abrirá; y quedará siempre abierta para vosotras cuando Jesús Sacramentado se digne haceros sus verdaderos pajes, sus amigos y amados. Animo, pues; el que más insista, se fatigue y ruegue, más pronto llegará a la formación eucarística. En el curso del camino las pruebas no os faltarán; encontraréis dificultades, sentiréis repugnancias, sufriréis tentaciones, tedios, desconsuelos y desalientos; se os hará dificultoso el caminar hacia adelante en contra de la estragada naturaleza, del corazón. fantasía y de las pasiones y potencias del alma no acostumbradas al recogimiento y suscitadas de continuo por el enemigo infernal. Mas ¿por esto queréis rendiros? Y ¿qué son nuestras pruebas comparadas con las de los Santos? Si todas las dificultades nos debieran hacer volver hacia atrás, entonces ¿qué ciencia o qué arte se aprendería? ¿qué cosecha recogería el agricultor? ¿qué victoria lograría el soldado?

Seréis, pues, felices cuando podáis dar algo de lo vuestro a Jesús; cuando el amor a Jesús os haya costado caro, porque, si el amor eucarístico os fuese infundido por

(1) Mt. XIX, 11.

Dios, ¿qué mérito tendríais en su divina presencia? Y por lo contrario, ¿qué satisfacción no sentiréis cuando, presentándoos a Jesús, podáis ofrecerle vuestras lágrimas y sudores, vuestras heridas y cicatrices espirituales? Cumplid bien con vuestra parte. que el Señor Sacramentado cumplirá bien con la suya.

¡Oh almas eucarísticas! dad y se os dará; dad abundantemente y se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada hasta que se derrame; porque también eucarísticamente *con la misma medida con que midiereis se os medirá a vosotros* (1).

IV. No lo advertiréis desde un principio; mas dejad que pase un año, dos o tres desde que emprendisteis la vida eucarística, y entonces observaréis y sentiréis qué admirable cambio ha producido el divino amor eucarístico. Entonces el pensar en Jesús Sacramentado os será fácil, casi tan fácil como el respirar; el amarle, estar con Él, visitarle muchas veces, hablar con Él o de Él, os será gustoso y deleitable; mas, sobre todo, habrá llegado a ser una *verdadera necesidad* de vuestro corazón. Desagraviarle, acompañarle, consolarle y reparar las injurias que se le hacen, lo reputaréis el primero de vuestros deberes; contentarle, imitarle, honrarle hacerle amar, el primero de vuestros ensueños; el no lograrlo en la medida que se desea, será vuestra pena cotidiana; así como el verle desamparado y ofendido será el tormento mayor, y el verle amado y honrado, el gozo más puro de vuestro corazón. Además la Comunión, ¡ah! la Comunión vendrá a ser como el fin principal de vuestra existencia; parecerá en cierto modo que no habéis venido al mundo y no vivís más que para comulgar y uniros todos los días con vuestro Dios Sacramentado.

Y como un poco de levadura fermenta toda la masa, de la misma manera será entonces fermentado eucarísticamente vuestro ser. Vuestra alma será penetrada de grande respeto hacia el cuerpo, y vuestro cuerpo de profunda veneración hacia el alma; ambos serán fermentados por

(1) Lc. VI, 38.

el Sacramento, y, convertidos los dos en eucarísticos, la carne adquirirá la ley, la pureza y transparencia del espíritu, y el espíritu adquirirá el pleno dominio, la custodia y vigilancia sobre el cuerpo. El uno vivirá para el otro, y los dos vivirán para el Señor. Mas, especialmente, en el alma y en el cuerpo. se sentirá como nuevo vigor y lozanía. A semejanza del injerto que asimila para sí y desenvuelve en nueva vida la vida del viejo tronco, así también la Eucaristía, cuando ha prendido en un alma, asimila las fuerzas del viejo y pecaminoso tronco de la naturaleza humana y las transforma en nueva vida y florescencia...

V. Entonces la mente, no sabrá cómo, mas entenderá estar inundada de una luz nueva, más clara y resplandeciente; por lo cual, sus pensamientos, sus juicios y apreciaciones llegarán a ser más nobles y luminosos, y su fe más fuerte y pura. La voluntad se sentirá vivificada por nuevas energías; más inclinada al bien. más dócil a las santas inspiraciones, más sumisa a la ley divina y aún a cualquier deseo de Dios, de los superiores. del prójimo mismo. Y ¡qué nuevo vigor en su corazón!... todo amor entrará en él puro o purificado y saldrá luego santificado y divinizado. Y ¡qué delicadeza tan grande de conciencia!... estos pensamientos: *el Señor está en mí... yo soy del Señor... lo he recibido esta mañana... y lo recibiré mañana...* bastarán a hacerle desear mil veces la muerte, antes que consentir en un pecado mortal. ¡Qué exactitud además en el cumplimiento de los propios deberes! ¡qué puntualidad en la observancia de las propias reglas! y, más que todo, ¡qué delicadeza en lo que atañe al culto de Dios y de la Eucaristía! Y puesto que los Sacramentos santifican, mas no hacen impecables, cuando le acaezca cometer alguna falta. luego correrá a la fuente de la contrición, al fuego del amor y a la medicina vivificadora de la santa confesión.

Mas si existe, por cierto, una potencia nueva en sí misma, es la potencia del dolor y del sacrificio. El dolor antes lo aborrecía, y ahora lo ama; antes huía de él, y ahora lo busca; antes temía encontrararlo. ahora teme el perderlo y llora por haberlo perdido. En algún tiempo le

parecían paradojas las exclamaciones de Teresa de Jesús: «O padecer o morir». y de Magdalena de Pazzi: «¡Padecer y no morir!». y de Verónica de Giuliani: «¡Mi padecer es no tener padecimiento alguno!». y de Santa Magdalena Barat: «Vivir sin padecer es vivir sin amar, y vivir sin amar es morir»; y ahora le parecen dulcísimas verdades, porque ahora gusta también ella los secretos goces del sacrificio; ahora sabe que ningún tabernáculo es tan agradable a los ojos del Señor, ninguna mansión tan deliciosa, ninguna cítara tan melodiosa, como el alma santificada por el dolor. Por eso tres panes cotidianos pide ahora todos los días al Señor: «un poco de comida para el cuerpo, el Pan eucarístico para el alma y un poco de dolor para los dos». El alma eucarística no sabrá ya estar sin sufrir; será la pequeña víctima compañera de la grande Víctima de nuestros tabernáculos. la hostia pequeña unida a la Hostia grande.

VI. Y como si todo esto no fuese suficiente, ya que el culto, y especialmente el culto eucarístico, es eminentemente educador y santificador, veréis que el renovamiento interior trae consigo el exterior. Lo había cantado tantas veces: *Recedant vetera, nova sint omnia: corda. voces et opera:* «todo lo viejo se aleje, todo se renueve, los corazones, las palabras y las obras». Renovado el interior, todo el exterior será también renovado.

Decidlo vosotras mismas, oh almas afortunadas, que antes erais tan viciosas, desordenadas y mundanas, ¿quién ha obrado en vosotras este admirable cambio? ¿quién ha llevado a cabo en vuestra persona tan grande transformación? ¡Ah! repetidlo con el Salmista y, llenas de vivísimo agradecimiento, confesadlo también vosotras en alta voz: *A Dominio factum est istud; et est mirabile in oculis nostris:* «el Señor es quien lo ha hecho, y es una cosa sumamente admirable a nuestros ojos» (1). Sed, pues, agradecidas a la Eucaristía; sed agradecidas a la Carne y a la Sangre del Salvador; cuán obligadas debéis estar al Sacramentado Señor; cuántas gracias habéis recibido

(1) Ps. CXVII, 23.

de Él; en verdad que podéis cantar con la celestial Madre: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus,* no obstante nuestra indignidad y nuestra nada.

¿Pero este cambio el Señor lo ha obrado por ventura en un día, en una semana o en un mes? No, Él lo ha obrado en tanto tiempo como ha querido. La precipitación no es atributo de Dios; Dios obra con fuerza, mas con fuerza unida a la suavidad: *fortiter et suaviter.* En el reino de la naturaleza todo nace, crece y se perfecciona suavísimamente, y lo mismo sucede en el reino de la gracia, siendo la misma Sabiduría la que rige y gobierna uno y otro reino.

VII. Aquel Dios que, para fabricar el mundo, empleó seis días, y para introducir al pueblo escogido en la tierra prometida, cuarenta años. para reformar eucarísticamente el pequeño mundo del alma y establecerla definitivamente en la tierra eucarística, que mana igualmente leche y miel, empleará el tiempo determinado por su sabiduría infinita.

Dos cosas, sin embargo, son ciertas y seguras: primera, que nuestras infidelidades, lentitud y pereza, y nuestros obstáculos retardarán en nosotros la obra de Dios; segunda, que nuestra correspondencia y fervor la acelerarán y abreviarán.

Surcará ciertamente el mar a velas henchidas la navecilla que es empujada por el viento favorable; mas, si a las velas se uniesen los remos, y a la fuerza del viento que manda Dios, los marineros juntasen el vigor de sus brazos, entonces la navevilla no correrá, sino que volará y navegará en una hora el camino que habría de recorrer en un día. Lo propio sucederá al alma que con fervor emprende y prosigue el camino eucarístico. Dios, en su sabiduría infinita, ha establecido la medida de las gracias y el número de los días que, por ley ordinaria, se necesitarán para terminar en nosotros la formación eucarística; pero su divina condescendencia deja a nuestro fervor el poder reducir el tiempo, abreviar el camino y anticipar el cumplimiento.

Persuasión, pues, oración, ánimo, constancia y sacrifi-

cio son los medios principales que deben llevarnos a conseguir la vida eucarística; mas, sobre todo, el amor a Dios juntamente con el espíritu de humildad y confianza en Él. El adelantamiento que hagamos en este camino Dios lo esconderá a los ojos profanadores del amor propio; no obstante. cuando nos hayamos elevado un poco en alto sobre el monte santo eucarístico, que es el Calvario, volviendo nuestros ojos hacia atrás, conoceremos el camino que el Señor nos ha dado gracia de recorrer.

Entre tanto, «apresurémonos despacito», según la dulce recomendación de San Francisco de Sales. Y si todavía no hemos comenzado de veras, comencemos por lo menos con el noble propósito de San Agustín: «¡Oh Dios mío! cuanto más tarde, tanto más verdaderamente os amaré»: *Quam sero, tan serio amabo te, Deus meus!*

CAPÍTULO II

DE LOS MEDIOS EUCARISTICOS EN PARTICULAR

MEDIO PRINCIPALISIMO

La Santa Comunión. — Preparación y Acción de Gracias

I. Realmente debiera decir del *único medio*, no de los medios, puesto que todos los medios que sirven para hacer eucarística a un alma. están contenidos y encerrados en este medio solo. ¡Oh santa Comunión! es la última vez que hablaré de ti; esta vez, al menos, me conceda el Espíritu Santo el poder inflamar a las almas.

Jesucristo a los sacerdotes habló de la Misa: «Haced esto en memoria mía»; mas a las almas habló de la Comunión: «¡comed!... ¡bebed!...» Toda la santificación eucarística está, pues, encerrada en la Comunión. Memorable es la sentencia de Santa María Magdalena de Pazzi cuando decía: «Bastaría una sola Comunión para hacernos santos». No se equivocaba; decía la verdad. Sin embargo, para tranquilizar las almas de los demás y también la

mía, yo mitigo la expresión de la Santa, y no digo: «bastaría una sola Comunión», sino «bastaría la Comunión *cotidiana* para hacernos santos». Ni tengo intención de probarlo; porque, quererlo probar, significaría querer obscurecer una verdad que es más clara que el sol de mediodía. No es esto, pues. lo que tengo necesidad de hacer notar a mis caros lectores; lo que sí debo recordarles es que no toda Comunión cotidiana, sino *la sola dignamente hecha* (dando a esta palabra, *dignamente*, un sentido puramente humano-, es la que bastaría para hacer santa a un alma.

¡Dios mío! y ¿cómo podría ser de otra manera? Es muy cierto que esta observación no sólo indica un medio para llegar a ser eucarísticos, sino también una regla para conocer y juzgar de la bondad de las Comuniones pasadas, y de este modo convertir el pasado en remedio para lo futuro.

II. Toda Comunión es salud, fuerza y vida. Pues entonces, ¿cómo es que después de centenares y centenares de Comuniones, y acaso después de años y años, yo me hallo siempre flaco de espíritu. lleno de faltas e imperfecciones? Recibir todos los días la medicina, y estar siempre enfermo; todos los días el fuego y estar siempre frío; todos los días el agua, y estar siempre árido... ¿cómo se explica este fenómeno tan doloroso? Tal ineficacia ¿provendrá de la Comunión o del que la recibe? ¿faltará la virtud al Cuerpo y a la Sangre del Salvador, o a mi corazón y a mi alma?... No, Salvador mío, la culpa no puede ser vuestra; la culpa es mía, toda mía, pues me llego a vuestra mesa, mas sin hambre; me acerco a vuestra fuente; mas sin sed; son las verdaderas disposiciones las que me faltan; son la preparación y acción de gracias las que dejan mucho, muchísimo, que desear en mí. Y las Comuniones son tales. cual es el grado del amor divino que yo tengo en la preparación y acción de gracias.

III. Para mí, la razón verdadera que neutraliza el efecto de las Comuniones y las hace infructuosas. aun en los que comulgan todos los días, es la falta de un grande

amor a Dios, la cual conduce naturalmente a la tibieza y, por consiguiente, al descuido de la *dieta eucarística.*

Todos estamos espiritualmente enfermos; ahora bien. las enfermedades del espíritu son como las del cuerpo, en que, para la curación, no bastan las medicinas. sino que es menester observar también rigurosamente la dieta prescrita por el médico. Es inútil tomar las medicinas cuando el enfermo no se abstiene de los manjares prohibidos, ni trata de evitar cuidadosamente todo lo que puede dañarle. Así, por ejemplo. ¿de qué le sirve la quinina al que tiene la fiebre palúdica si no se aleja del aire pantanoso? Y ¿para qué valen las desinfecciones cuando no se procura apartarse de los peligros del contagio?

Dieta sanat, se ha dicho sabiamente; la dieta cura. porque ella completa saludablemente el efecto de las medicinas. Pues lo mismo acontece en las enfermedades del espíritu. La santa Eucaristía es ciertamente medicina, pero no basta que el enfermo espiritual reciba esta medicina en la Comunión; es necesario que después observe durante el día la dieta eucarística impuesta por el eucarístico amor, esto es, se abstenga de la manera de pensar, hablar u obrar que, si es lícita a otros, no es lícita al que desea recibir la Comunión todos los días y quiere de veras conseguir la perfección eucarística.

Es, pues, cierto, aun hablando eucarísticamente, que la dieta espiritual facilita y completa los efectos saludables de la medicina eucarística; y he ahí por qué. mientras bastaría una sola Comunión para hacernos santos, en cambio, hacemos tantas y somos siempre imperfectos; lo que nos falta, lo que descuidamos, es la *dieta eucarística.* Deseamos todos los días recibir la sagrada Comunión, mas no queremos abstenernos santamente todos los días de todo lo que está reñido con la perfección del amor eucarístico.

Muy a propósito de esto recuerdo el pensamiento de San Francisco de Sales, quien dice que los sacramentos, y especialmente la Eucaristía, son como el agua, que, recibida en un vaso de barro cocido, lo fortifica; y por el

contrario. si es recibida en un vaso de barro que esté sin cocer, lo ablanda y deshace.

Los sacerdotes son la sal de la tierra; la Eucaristía, la sal de las almas. Mas, así como la sal, colocada en lugares húmedos, se disuelve y se convierte en agua salada, de la misma manera, la sal eucarística, cuando es recibida en corazones, no secos, sino demasiado húmedos, porque no están caldeados por el fuego del amor divino.

IV. Grabad. pues, bien en vuestra mente, amados lectores, esta verdad, es decir. que llegaremos a ser santos, si son siempre santas nuestras Comuniones; mas éstas, a su vez, serán santas, *si son siempre fervorosas la preparación y acción de gracias.*

¿Cuál será, pues, el medio más seguro, eficaz y breve para llegar a ser almas eucarísticas? Esforzarnos, cueste lo que cueste, a que proceda todos los días a la santa Comunión una *fervorosa preparación,* y a que la siga igualmente todos los días una *fervorosa acción de gracias.* Cuando hayáis hecho esto constantemente, no penséis ya en nada; dejad todo cuidado a Jesús Sacramentado; dejad que Él obre, diciéndole ardientemente: «¡Oh Señor! tú sabes lo mejor; haz esto o aquello, como más te agradare; dame lo que quisieres, y como quisieres, y cuando quisieres» (1).

V. Cierto que las disposiciones deberán ser proporcionadas al estado y condición, y aún a la edad y capacidad de cada uno; mas para todos, acercarse a la mesa del Señor sin ninguna preparación y recibirlo sin ninguna acción de gracias, ¡oh Dios! es una villanía. Y notad que, tratándose de disposiciones amorosas —no de disposiciones teológicas— puede tener lugar el conocido axioma: *parum pro nihilo reputatur:* «el poco se estima muchas veces por nada». ¿Hacéis gran diferencia entre el estar poco preparado y nada preparado para la santa Comunión? Pues estad atentos, oh amandísimos lectores, porque *parum pro nihilo reputatur:* «el poco muchas veces equivale a nada».

(1) Imitación de Cristo, lib. III, cap. XV.

¡Oh Dios de bondad! ¡qué tristes son las preparaciones pesadas sobre la balanza, y las acciones de gracias hechas con el reloj en la mano! Preguntádselo a Luis Gonzaga; preguntádselo a todos los Santos, y os dirán que toda su vida consistió en dos cosas: en la preparación y acción de gracias para la Comunión. Así debe ser también la vida de un alma verdaderamente eucarística, como lo hemos dicho ya en muchos lugares; pues esto es cierto, que quien lleve a Jesús un corazón más generoso y mejor preparado, más gracias recibirá de Él; y el que más gracias reciba. más pronto llegará a la cumbre de la perfección eucarística. El que va a la fuente no sacará más agua que la que puede contener el recipiente que lleva; así sucede con la gracia eucarística de la Comunión; la medida la llevamos nosotros, está en nuestras manos, y según esta medida será medida la divina gracia.

Tales, pues, serán nuestras Comuniones, cuales sean las disposiciones que llevemos a la sagrada mesa. Por eso Dios N. S. dice en los salmos: *Dilata os tuum, et implebo illud:* «abre bien tu boca, que yo te saciaré plenamente» (1). Y añadiremos con San Pablo a los Corintios: *Dilatamini et vos* (2): «ensanchad también vosotros vuestro corazón, vuestras almas y vuestra boca», si queréis llegar a ser almas eucarísticas. Manos, pues, a la obra; la primera reforma sea la de vuestras preparaciones y acciones de gracias; reformadas éstas, habréis reformado todo.

VI. Comenzad ya por la tarde, antes de acostaros. a preparar vuestro cenáculo espiritual; quemad los primeros granos de incienso; dormiros con Jesús en la mente y en el corazón, con Jesús en la boca.

Durante el sueño la vida se restaura y vuelve a recobrar vigor en sus mismos principios; por eso, el descanso del cuerpo es también renovamiento del espíritu; el alma sale del sueño refrescada y fortalecida, como de un saludable baño. Pues bien, sea un baño eucarístico vuestro sueño y descanso: Dios mismo cultivará los santos pen-

(1) Ps. LXXX, 11.
(2) 2 Cor. VI, 13.

samientos con que os acostéis. y a la mañana los encontraréis ya florecidos. Si despertáis por la noche, cerrad al instante la entrada a cualquier fantasma o pensamiento extraño; repetid con fervor alguna santa jaculatoria; poned incienso en vuestro corazón. y seguid durmiendo.

Se lee de la verdaderamente eucarística, santa Gemma Galgani, «que el deseo de la Comunión comenzaba a tomar fuerza en ella al obscurecer de cada día, e iba creciendo, de hora en hora, atormentándola dulcemente toda la noche. hasta hacerla desmayar. Y llegaron las cosas a tal extremo que, para hacerle dormir algunas horas, se vio obligado el confesor a prohibirle que se detuviese voluntariamente ninguna noche a pensar en la Comunión del día siguiente, porque su salud corría peligro» (1).

VII. Cuando llegue la hora de levantaros, hacedlo prontamente como si en el lecho hubiera prendido fuego. La jornada recibe el primer impulso del acto de levantarse; será, pues. toda lánguida y sin vida la jornada que comienza ya desde la mañana con tibiezay languidez. El niño, apenas despierta, busca el pecho de la madre, y si es mayorcito, la primera cosa que pide es el pan; haced vosotros lo mismo con María Santísima y con Jesús Sacramentado. El primer pensamiento que tenemos, apenas despertamos, suele ser siempre el pensamiento que más nos domina. Ahora bin, ¿no será la Comunión el primer pensamiento que ocupe todas las mañanas al alma eucarística? ¿no será la Comunión el primer latido y suspiro del corazón? Las primicias sean para Jesús: adoradlo, llamadlo, invitadlo con arranques de fe, amor y alegría, apenas os levantéis del lecho.

VIII. Me es grato transcribir aquí los dulces y saludables consejos que daba a las Hijas del Sagrado Corazón su Venerable Madre Sor Teresa Eustoqui Verzeri.

«Prevenid el día feliz. en que debéis comulgar, de la mejor manera posible, pensando en la excelencia del Huésped Divino que pronto estará con vosotras. prepa-

(1) P. Germán de San Estanislao, *Compendio de la Biografía*, cap. XIX.

rándole con el ejercicio de todas las virtudes una grata estancia en vuestro corazón. La tarde antes avivad el deseo de gracia tan grande, y dormíos deseando, amando y ofreciendo. Si despertáis por la noche, renovad los actos de amor, de deseo y ofrecimiento; emplead en esto especialmente la mañana. Llegadas a la capilla, introducir vuestro pobre corazón en el Corazón adorable de Jesús y suplicadle lo purifique y prepare según Él sabe hacerlo y a su agrado. Entregaos a un profundo recogimiento interno y externo, encended la lámpara y vestíos con la vestidura nupcial para salir al encuntro y recibir al Esposo que se aproxima y viene a desposarse con vosotras. Todo en vuestras almas sea puro y santo, pues vuestro Esposo es purísimo y santísimo. Regocijaos con verdadero gozo y pura consolación. viéndoos admitidas al banquete divino, en que se sirve la carne inmaculada del divino Cordero, dado para la salud de todo el mundo. Creed, esperad. amad, desead y ofreceros como víctimas de holocausto en unión del Cordero divino sacrificado por vosotras. Inmediatamente antes de comulgar recitad con el corazón los acostumbrados actos preparatorios. y será bueno que preceda a cada uno una profunda reflexión que mueva a proferirlo con nuevo espíritu y conmayor ardor. Llegado el momento de recibir a vuestro Dios, exclamad con el Profeta: «¿Quién me diera alas como a la paloma para volar a mi Amado y hallar reposo en Él?» (1).

Todos los Santos se han preparado de esta misma manera. De la gran discípula del Sagrado Corazón, Santa Margarita María de Alacoque, se lee: «Desde el día anterior a la Comunión tenía el alma inundada de alegría; la noche la pasaba casi enteramente en coloquios amorosos con su Amado; confrecuencia, aun mientras dormía, pensaba en la felicidad de tenerlo que recibir, y le parecía entretenerse con Él, no de otro modo que como lo hacía en la oración» (2).

IX. Mas creo oportuno hacer aquí algunas adverten-

(1) Libro del Doveri, vol. II, pág. 77.
(2) Languet. Vida impresa para la canonización, pág. 99.

cias a las almas sencillas. Un fenómeno que todos experimentamos es éste: nos levantamos muchas veces con un malestar indecible, con un tedio y malhumor inexplicables; algo así como si durante el sueño alguien nos hubiera dado inyecciones de veneno. La causa verdadera de este fenómeno Dios solo la sabe, pues somos un misterio para nosotros mismos. Cierto es que, cuando nos levantamos de esta manera indispuestos. la jornada, humanamente hablando. comienza mal. No somos capaces para concebir un buen pensamiento, ni para recitar una oración; todo nos pesa, nos enoja y lastima; todos nos son ocasión de molestia, y hasta nosotros mismos molestarnos a los demás. ¡Qué miseria!... ¡pobre Comunión en tales días!

Mas, ¿por qué pobre Comunión? Escuchad un poco. Si aceptamos tranquilos de la mano de Dios estas indisposiciones de la mañana, adorando y bendiciendo su santísima voluntad, entonces la jornada, espiritualmeste considerada, no principia mal, sino bien; y muy bien comenzamos a prepararnos para la Comunión. Si, para prepararnos debidamente. debiéramos esperar los hermosos días; si las Comuniones fervorosas estuvieran reservadas a las mañanas sonrientes, ¡oh!, entonces muy pocas veces recibiríamos la sagrada Comunión, y quizá no la recibiríamos nunca. Sin embargo, si precisamente en estas mañanas tan pesadas cuando debemos dar a Jesús Sacramentado más pruebas de nuestro amor, y casi osaré decir que debemos desear semejantes mañanas; al menos no debemos rehusarlas ni recibirlas con disgusto, sino aceptarlas tranquilamente esforzándonos por santificarlas. Pues. ¿por ventura. no ha sido el Señor el que ha creado las tinieblas y las noches, el invierno y las nieves, los vientos y las tempestades? Los tres bienaventurados niños del horno encendido de Babilonia ¿no invitaban también a estas criaturas, tinieblas, invierno y viento, a bendecir al Señor?

X. Decidme, ¿no habéis oído nunca cantar el *Exultet* del Sábado Santo? ¿nunca habéis llorado al escuchar aquellas palabras misteriosas del angélico himno: *O vere*

beata nox... de qua scriptum est: et nox sicut dies illuminabitur, et nox illuminatio mea in deliciis meis: «¡Oh noche verdaderamente dichosa!... de la cual está escrito: Y la noche será tan clara como el día; y la noche resplandecerá para alumbrarme en mis delicias?»

Almas enamoradas de Jesús, no os desaniméis cuando algunas veces, al levantaros. sintáis vuestro espíritu como si estuviera es medio de tinieblas, impotente para la oración y el recogimiento, y para prepararse para la santa Comunión; no perdáis el ánimo; sed felices con esta prueba. Dejad obrar al Señor; ¡ah! no me cansaré nunca de decirlo, dejad obrar al Señor, esforzándoos en conformaros con sus paternales deseos. Acordaos de los tres niños de Bamilonia, y decid de esta masera: «Impotencia mía. bendice al Señor; frialdades mías. bendecid al Señor; *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto!...* Y comenzad de nuevo; repetid este himno cuantas veces os sea posible con fe, humildad y afecto; después de haberlo repetido diez, veinte, treinta, cincuenta, cien veces, poco a poco la luz brotará de las tinieblas, la alegría nacerá de la aridez, y el fuego del hielo. Poco a poco se tranquilizará el espíritu, se calmarán los nervios, y se recogerán las potencias; la noche se convertirá en día, las tinieblas en deliciosa claridad. y cantaréis también vosotras: «¡Oh noche mía, noche verdaderamente dichosa!»... *nox sicut dies illuminabitur, et nox illuminatio mea in deliciis meis.* Probadlo y veréis.

XI. Y aunque hasta el momento de la Comunión durase en vosotras este estado de aflicción y desolación, ni siquiera entonces deberíais perder el ánimo. Recordad lo que he dicho antes, hablando del setimiento de la propia indignidad, en orden a la santa Comunión. Es nuestro buen Jesús quien, queriendo a toda costa venir a nuestros corazones, nos pone en embarazo; por tanto, Él deberá ayudarnos cuando no podamos ayudarnos por nosotros mismos. ¿No es llamado Él *Adjutor in opportunitatibus, in tribulatione,* «ayudador en las necesidades y en la tribulación» (1). ¿No fue Él quien en el desierto, por

(1) Ps. IX, 10.